

EL DARWINISMO Y LAS MISIONES

Los hombres que dan sus libros al público no se presentan revestidos de los atributos de la infalibilidad, de la impecabilidad, ni de la invulnerabilidad. Así como el actor se somete al aplauso o a la silba de los espectadores, el escritor queda sujeto al juicio de la prensa, que sólo por la prensa misma ha de rectificarse si fue apasionado e injusto.

Mayor fuerza adquiere esta observación cuando se trata de obras escritas en desempeño de comisión oficial y costeadas por el gobierno.

Tal es el *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* por Jorge Isaacs, impreso en la entrega de los *Anales de la Instrucción Pública* correspondiente a los últimos meses de 1884, que sólo ha venido a circularse después de más de dos años, no sabemos por qué con tanto retraso¹.

Sin erigirnos en críticos científicos, vamos a hacer sobre esta publicación breves observaciones inspiradas en la justicia, dictadas por el sentimiento común. No cabe aquí, aplicado a la ciencia, el *sanctae sancte tractandae*, porque la obra del señor Isaacs es un trabajo curioso, pero de ningún modo científico.

¹ Comprende 176 páginas en 8º prolongado, desde la página 177 a la 352, del respectivo tomo de *Anales*.

En la cubierta se lee:

“El presente número corresponde a los meses de septiembre, Octubre, noviembre y diciembre de 1884.

“Circunstancias especiales habían retardado su aparición.

“A virtud de repetidas reclamaciones de las personas que se interesan por conservar coleccionado este periódico, se reparte la presente entrega incompleta para concluir el trabajo que ella contiene tan pronto como fuere posible”.

Nota probablemente del autor del *Estadio*.

I
EL AUTOR

El señor Isaacs es conocido en Colombia y en otras regiones hispanoamericanas como novelista y poeta, mejor dicho, como poeta exclusivamente, porque *María* no es una novela, (y si como tal se juzgase, sería una mala novela); es un idilio, un sueño de amor, como es idilio en prosa, y modelo de todos los demás, el *Pablo y Virginia* del inmortal Saint-Pierre, como es idilio en verso, menos puro y sencillo que aquél, el *Jocelyn* de Lamartine.

Isaacs es distinguidísimo poeta lírico. Algunas de sus poesías, y sobre todo el canto al río Moro, son verdaderas inspiraciones, que figuran con honor en el parnaso colombiano.

Colombia es nación muy incipiente y muy avanzada. Su civilización aparece desigual e incompleta. Aquí hay buenos literatos y no hay carrera literaria. Sensible es que el señor Isaacs no haya podido recibir —*del público*— la legítima retribución de su producción poética ², como lo han recibido en otros países, poetas que le son muy inferiores; sensible, sobre manera, que haya abandonado las musas con extravíos más bien que desvíos, de tal índole, que cuando ha vuelto a pedirles inspiración, indignadas no han querido concedérsela, salvo algunos brillantes, aunque raros destellos que en sus escritos en prosa recuerdan su pérdida vocación.

² Esta afirmación, que expresa un sentimiento justo, no puede, sin embargo, estamparse en términos generales, sin alguna salvedad. El señor Isaacs ha hecho de su *María* varias ediciones que se han agotado dentro y fuera de Colombia. Si el señor Isaacs no ha obtenido más provecho, hay que tener presente: 1° Que el consumo de libros no es grande aquí, por no ser densa la población, y no estar organizado este ramo de comercio, pero la *María* de Isaacs ha alcanzado, relativamente, la mejor acogida; 2° Que el señor Isaacs, después de publicar la *María* y sus *Poesías*, escritas cuando era espiritualista y creyente, no ha vuelto, en veinte años, a escribir ningún libro ni cosa alguna de mérito literario. Parece que el materialismo le ha esterilizado.

Hay pecados contra el Espíritu Santo, y en otro orden de ideas hay pecados contra la poesía que no se perdonan jamás.

Complaceríamos ver al señor Isaacs con su familia, en amena quinta, cual otro Tennyson, libre de preocupación del *mañana*, cultivando las artes de imaginación, con espíritu sereno y corazón creyente.

El señor Isaacs, hombre de naturaleza vigorosa y activa, ha sido comerciante, periodista conservador por los años de 1868 o 1869, representante de la misma calificación política, radical y cónsul en Chile poco después, desgraciado empresario agrícola a su regreso al Cauca, militar, personaje revolucionario en Antioquia en 1879, explorador *científico* en el Magdalena en 1881 y en 1882 en comisión del gobierno, revolucionario luego y ahora contratista del mismo gobierno para la explotación de las carboneras de Riohacha.

Malo es salir un hombre de su esfera, porque se expone a hallar reposo ni llegar a ninguna parte.

No censuraríamos al señor Isaacs (lo decimos con perfecta sinceridad) sus mudanzas políticas, si no se hubiese empeñado, al mismo tiempo, en hacer gala de incredulidad y de odio al clero, que ni a él ni a su cristiana familia ha hecho daño jamás.

Esto es lo que deploramos y esto lo que no le han perdonado las musas, porque *poeta materialista* es una antinomia, un imposible.

En 1881 el gobierno del señor Núñez, con plausible objeto, creó una comisión científica, encargada de explorar algunas de nuestras vírgenes regiones. Dirigía la comisión un argelino apellidado Manó, y en ella ingresó como secretario el señor Isaacs.

La comisión marchó de la capital con los recursos que le proporciono el gobierno y con algunos duplicados de obras importantes de la Biblioteca Nacional, entregados por orden del secretario del ramo.

Los miembros de la comisión, ya desavenidos desde que salieron de Bogotá, riñeron luego; el finado jefe — según

afirma el señor Isaacs en la introducción a su *Estudio*—“burló la confianza del gobierno”³ y fue (según alusión clara contra él dirigida por el mismo señor Isaacs, *ibid.*) un “aventurero embaucador”. La mal organizada comisión se disolvió sin hacer nada de provecho; pero el secretario señor Isaacs, se empeñó en seguir solo la exploración, presentar por separado el trabajo que ahora publica.

No podemos ocultar ni las simpatías que nos inspira el poeta y el audaz explorador, ni la profunda aversión que nos causa el odio injustificable que sigue profesando el señor Isaacs a ideas a quien debe sus mejores inspiraciones y a personas que le demostraron benévolo y sincero afecto, más valioso que los pérfidos halagos de los Mefistófeles.

Reconocemos la actividad del señor Isaacs y su consagración a lo que toma entre manos, virtudes merecedoras de aprecio y de apoyo, pero al mismo tiempo hay que advertir que su laboriosidad ha sido en esta vez estéril, ya por sus tendencias poéticas (no sólo inocentes sino aun fecundas, dentro de su esfera propia), ya por sus preocupaciones antirreligiosas, malas para todo: tendencias y preocupaciones incompatibles con los intereses de la ciencia, imparcial y severa.

El señor Isaacs no hizo, ni ha tenido tiempo para hacer estudios científicos en ninguna parte. Sin previos conocimientos metódicos no hay rumbo ni brújula en ninguna investigación científica. *Non valet studere, sed studuisse.*

El trabajo del señor Isaacs es una compilación de rasgos poéticos, de largas transcripciones, de comentarios y citas, de observaciones personales. Allí no se destaca ningún pensa-

³ No es la única invectiva que contiene el *Estudio* del señor Isaacs. En la pág. 273 vuelve a hablar de los “peregrinos informes” del finado jefe de la comisión, informes “que podía pulverizar un niño de escuela”. En sus apreciaciones contra Manó tiene razón; pero censura injustamente a los gobernantes del Magdalena por no haber prestado apoyo a una comisión que tenía por jefe a un “aventurero embaucador” que daba tales “informes peregrinos”, y por secretario a un poeta, autor del *Estudio* que examinamos.

miento fecundo: no se desenvuelve ninguna teoría. Es una nueva y confusa *Floresta de Santa Marta*.*

II LA POESIA EXÓTICA

Hemos dicho que en la prosa del señor Isaacs destellan rasgos poéticos que le recuerdan al lector y debieran de recordarle a él mismo su pérdida vocación.

De la Introducción, descartando lamentaciones e invectivas copiamos algunos pasajes elocuentes:

Los hombres de ciencia juzgarán únicamente por la valía e importancia de los resultados; es lo natural y lógico, es su derecho temible; mas los del país sí tendrán en cuenta que sólo ahora está él dando los primeros pasos, vacilantes por lo mismo, en este género de estudios, tan ocasionados a dificultades, hostilidad y peligros en las comarcas salvajes como amenos en las civilizadas y en la blandura y el grato calor del gabinete.

Los montes, las pampas, las selvas y los mares de la América española le esconden todavía tesoros inmensos e innúmeros arcanos a esta civilización de ayer, de cuatro siglos no completos, que le costó millones y millones de sus hijos y un diluvio de sangre y de lágrimas⁴.

Las ciencias interrogan impacientes; sus obreros meticulosos compilan, comentan y aguardan; los audaces luchan y escudriñan; la esclava rencorosa no responde y bajo el manto de sus selvas oculta la descendencia que salvó de naciones incontables, como si oyese aún el grito de victoria de los conquistadores, retumbando el galope de sus corceles (págs. 177 y 178).

Los periódicos oficiales publicaron desde principios de 1882 las observaciones que en el curso de los viajes creí oportuno anticipar al poder ejecutivo, en correspondencia destinada a las secretarías de gobierno, de hacienda y de instrucción pública. Casi en su totalidad los estudios restantes versan sobre las tribus indígenas del Estado, las cuales demandaban preferente atención, por motivos que antes

* [*Floresta de la santa iglesia catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta*, escrita por el alférez don José Nicolás de la Rosa en 1739 y publicada en 1742]. N. del E.

⁴ Hipérbole andaluza.

apunté, investigaciones minuciosas, esfuerzo tenaz; captarse el respeto y cariño de los jefes y sacerdotes y el de sus allegados, lo primero; recorrer así, ya en compañía de algunos salvajes, las comarcas que habitan y los desiertos donde imperan; en el estudio de los idiomas no perder instante propicio para la adquisición de un dato valioso, de una palabra nueva, de un giro extraño; obtener de los ancianos, mediante dones, benevolencia y astucia paciente, lo que no ha sido fácil conseguir de los jefes y médicos sacerdotes en lo relativo a tradiciones y creencias religiosas; conquistar el afecto de las mujeres, comunmente agréñas y recelosas al principio, con regalos de bujerías y bagatelas, que estiman mucho para adornarse a su modo, y acariciando a los niños, tributando consideración a las ancianas; en fin, días y noches, perdido el recuerdo de número y de fechas, sin otra sociedad que la de gentes bárbaras, sin más techo ni hogar ni cuidados que los suyos; por horizonte lo no visto, lo grandioso, lo ignorado... y sed insaciable de eso; una impaciencia indócil a las caricias del sueño y fuerte, sin ligaduras ni zozobras, el alma libre (págs. 181 y 182).

Aquí campea el poeta, alma *libre* de miserias; más adelante y repetidas veces, por desgracia, reaparece el sectario, esclavo de preocupaciones mezquinas.

Confiesa el señor Isaacs así como de paso y de mala gana, que fueron abnegados misioneros católicos los que llevaron luz, consuelo y artes útiles a nuestras tribus salvajes, pero no se digna hacer la pintura de ninguno de ellos. ¡Qué bien hubiera venido en las páginas del *Estudio* sobre tribus indígenas, aun en el punto de vista literario y patético, un rasgo biográfico de evangelizadores como San Luis Beltrán o el Beato Pedro Claver!*

En cambio el señor Isaacs, más inclinado a los *Natchez* que al *Genio del cristianismo*, nos ofrece la siguiente pintura de un venerable sacerdote de religión incógnita:

Sheukaká es el sacerdote más anciano y venerable de la parte oriental de la serranía. Cuando en agosto de 1882 estuve en Marocaso y en los valles y montes circunvecinos, bajó de las alturas de Dunguirúa, que él habita, porque deseaba verme. Llevándole a sus

* [San Pedro Claver fue canonizado en 1888 por León XIII].
N. del E.

desiertos la noticia de que “un español cariñoso y bueno con los indígenas” visitaba aquellas comarcas después de haber recorrido las del interior y occidente de la Nevada. Encanecida ya por completo su cabellera, que le cae sobre los hombros, destacase sombrío el rostro inteligente del anciano. Debió de ser muy gallardo en la juventud y aún está vigoroso, pero es presumible que no baja su edad de noventa a cien años. Me sorprendió mucho verle el ropaje de los guajiros, extraño en la Sierra, e interrogándole sobre el particular, me dijo que aquel traje habían llevado siempre en tiempos anteriores los varones de su tribu. No supo darme la razón de tal coincidencia y por estudios hechos poco antes en la Guajira, era más importante para mí la circunstancia de que trato: algunas tribus fueron desalojadas de la península por los caribes que actualmente la poseen y de seguro los vencedores, menos cultos que *los vencidos (aruákár)*, adoptaron el traje de éstos, vestidura que los *aruá* no pudieron conservar en las regiones frías de la Sierra donde se asilaron después (págs. 301 y 302).

Este rasgo puede ser poético; pero ¿qué gana con él la ciencia? ¿Qué revelaciones hizo Sheukaká a nuestro explorador de la Sierra Nevada?... Lo mismo pudo escribir el señor Isaacs desde Cali o Ibagué o Bogotá, sin que la ciencia ganase ni perdiese nada, como Moore o como Mery describían desde sus gabinetes países extraños, enriqueciendo con ello la literatura inglesa y la francesa.

La aventura de Sheukaká nos recuerda el desenlace intencionalmente cómico de *La perrilla* de Marroquín, y la siguiente página bufa *a natura*, de Montalvo, otro escritor tan desorientado como Isaacs por la misma falta de lastre de principios.

La copiamos para más amenizar, porque es de aquellos pasajes que se leen con gusto — a costa del *bueno* — como se contempla por solaz un bello cuadro mímico, que termina con una extravagancia de payaso.

Yendo a recorrer yo el campo de batalla de Cuaspud en los confines de Colombia, después de haber pasado el Carchi, iba subiendo una cuesta asaz dilatada; he allí una voz lastimera de persona que está dando al viento sus desgracias y pesadumbres: ¿es llanto de amor? ¿de dolor físico? ¿de desesperación? La queja es triste, la voz alta y profunda está resonando en la anchurosa vega. Allí des-

cubro un hombre sentado a la orilla del camino: blanco el rostro, decente el vestido, su barba negra descende hasta el esternón en madeja sublime, fisonomía más propia de monarca antiguo nunca han visto mis ojos. Ese Príamo joven, ese Carlomagno americano quien está hiriendo el cielo con sus ayes. Grave debe ser la causa; doy de espuelas a mi cascudo: ¡Eh, buen hombre! ¿qué le ha sucedido a usted? —Me pegó mi mujer, ¡aaah, aah, aah! —Si el pícaro no se despeña en un pronto y no se esconde por ahí en un matorral espeso, le mato como hay Dios, haciendo bailar sobre él mi furioso caballo ⁵.

III

LA FILOLOGÍA PEDANTESCA

La parte del *Estudio* que quisiéramos denominar científica consta de noticias *filológicas, geográficas, históricas y arqueológicas*.

El sistema seguido por el señor Isaacs, principalmente en la parte geográfica e histórica, consiste en hacer largas transcripciones de diferentes autores sin distinción alguna entre ellos, citando confusamente, v. gr. a Alejandro de Humboldt y a Ricardo Pereira, a Reclus y a Filiberto Thermo, y al canto de cada trascripción un breve comentario o refutación de tal o cual punto indiferente.

Este sistema puede cuadrar a un artículo de *crítica de detalle* como el presente, pero en una exposición científica e histórica equivale a ausencia absoluta de método y de estilo.

En la parte histórica se transcriben páginas sobre páginas del señor Rodríguez Pinilla, sobre si la Universidad Salmantina aprobó o desaprobó el proyecto de Colón y otras cuestiones impertinentes a la historia de los indígenas del Magdalena.

Marean tantas transcripciones, digresiones, distracciones y menudencias sueltas.

La parte filológica se compone de vocabulario de la lengua goajira y de otros dialectos de aquella región.

⁵ Siete *tratarlos*, tomo II, pág. 32.

El señor don Rafael Celedón, natural de Riohacha, ilustrado y virtuoso sacerdote que por muchos años ha evangelizado a los goajiros, a quienes profesa paternal cariño, compuesto no ha muchos años una *Gramática de la lengua goajira* y otros trabajos lingüísticos, publicados en París por el editor Maisonneuve y mencionados con elogio por personas competentes.

Era natural que el señor Isaacs tributase justo homenaje de respeto a su predecesor en aquellos estudios e investigaciones.

Lejos de eso el señor Isaacs habla con desdén, hasta con animadversión, del señor Celedón, citándole sólo para criticarle tal o cual detalle insignificante⁶.

Copiamos los pasajes relativos al benemérito señor Celedón:

NOTA. — En la *Gramática, catecismo y vocabulario de la lengua goajira*, escrita por el señor Rafael Celedón, aparecen las letras *ö, ü*, que representan los sonidos de *eu* y de *u* francesas. Confesamos no haberlos encontrado, y presumimos que no existen⁷, porque hemos oído pronunciar generalmente *u*, y raras veces *o, e* en las palabras en que dicho autor las hace figurar (pág. 217).

Preciso es confesar que los accidentes del verbo, como toda la lengua, requieren estudios más profundos de los que hasta hoy se han hecho. Es verdad que el señor Celedón ha tratado extensamente este asunto en su *Gramática*; pero *ninguna confianza nos inspiran esos trabajos*, tanto porque no fueron hechos en el seno mismo de las tribus que hablan este idioma, cuanto porque durante nuestra permanencia entre ellas tuvimos ocasión de notar muchos errores consignados en esa obra.

Sobremanera embrollada nos parece la conjunción que trae, para un idioma pobre como el guajiro; y según creemos, ha nacido de

⁶ El Señor don Rafael Pombo, que proporciono al señor Isaacs las obras de Celedón, hizo notar luego la falta de cortesía del señor Isaacs, el cual replicó en términos destemplados ultrajando también al señor Pombo.

⁷ El señor Isaacs que niega la existencia de estas vocales en el goajiro, lengua estudiada largos años por el señor Celedón y solo de paso por el señor Isaacs, sí pudo descubrir (pág. 183) en la lengua businka esos mismos sonidos y además la dudosa *e* muda francesa

no haber dado a las raíces de los verbos la terminación que en efecto tienen, y haber tomado desinencias ficticias para los diversos tiempos...

Otra cosa que admira, dicho sea de paso, es el empeño con que el autor citado trata de establecer diferencias cuando una dicción significa cosas distintas, como si tal hecho fuera absolutamente imposible (pág. 222).

Lo que admira es la NINGUNA CONFIANZA que inspiran al señor Isaacs los trabajos de un hombre a quien debiera respetar en eso y en todo.

Ya ha hecho notar *El Ensayo*, periódico de esta ciudad, redactado por jóvenes estudiantes del Rosario, las frecuentes diferencias que se observan entre los vocabularios de Celedón y los de Isaacs; por ejemplo:

LENGUA KOGGABA

	<i>Celedón</i>	<i>Isaacs</i>
Feo	Nusaguetse	Amúkara
Luna	Sagha	Kuna
Mano	Kánkalla	Oma, etc.

Solamente dos personas — observa *El Ensayo* — han escrito sobre esas lenguas, ¡y ya tenemos el caos!

Un natural del Magdalena, que ha pasado lo más de su vida en aquellas regiones, un sacerdote, que ha empleado muchos años evangelizando a las tribus indígenas, nos merece más confianza que el secretario de la comisión científica.

El señor Isaacs, natural de otra región de la república, no conocía el Magdalena y la correría que hizo por aquel departamento fue demasiado rápida⁸ para poder escribir en tono magistral despreciando a los maestros.

En atención a la labor, aunque de pocos meses, del señor Isaacs, estaríamos dispuestos a disimular los rasgos de

⁸ El mismo lo confiesa: “La falta de elementos precisos en mis viajes, la de unos meses más, necesarios para la índole del estudio, y lo penoso de aquella labor, perjudicaron grandemente el éxito de la obra” (pág. 177)

pedantería y señales de incompetencia que se advierten en sus lucubraciones filológicas. Pero su falta absoluta de cortesía y algo más para con el benemérito señor Celedón no tiene disculpa, y nos autoriza para decir que el señor Isaacs, como filólogo, nos inspira por lo menos POCA confianza.

La *e* muda francesa es eco de sílabas finales perfectamente sonoras de una lengua madre y es propia de una lengua derivada, compuesta toda de palabras agudas sin otras graves o llanas, a medias, que las terminadas en esa *e*. Es más que dudoso que el businka, lengua de sonidos fuertes y precisos, que tiene muchas voces esdrújulas y francamente llanas, posea el delicado matiz de la *e* muda, que el señor Isaacs imagina haber percibido.

Algunos adverbios son tan expresivos que en vano buscaríamos en español uno equivalente. *Inneki*, por ejemplo, es una negación tan enérgica como el *ne... point du tout* de los franceses (pág. 185).

¿Qué diferencia hay entre la frase francesa, mal citada por el señor Isaacs, y nuestro *no absolutamente, jamás!* etc.?

El adjetivo *guané* se emplea, lo mismo que *one* en inglés, para denotar la idea de unidad por oposición a la de pluralidad, llevando, sin embargo, envuelta los idea de indeterminación. Ejemplos: *Tanapa guané ama*, préstame un caballo (pág. 218).

¿A qué viene aquí el *one* inglés? Lo mismo valdría citar el ruso o el turco. Nuestro artículo indefinido o indeterminado *un, una*, asocia puntualmente las dos ideas de unidad y de indeterminación. *Un* caballo es uno sólo, pero no determinado caballo.

Las partículas *kar, kor* se usan algunas veces solamente para dar más elegancia a la expresión (*ibid.*).

La elegancia en lo estético es algo como la *e* muda en lo fonético. No concebimos cómo el señor Isaacs, en pocas semanas, alcanzó a percibir elegancias de dicción en una lengua bárbara. No que las lenguas bárbaras no tengan cierta énfasis ocasional; pero esos accidentes difícilmente

han podido ser apreciados por el señor Isaacs, y en ningún caso como *elegancias* literarias.

Hay un caso en que pudiera creerse a primera vista que el sustantivo lleva dos determinativos: es aquel en que, por ejemplo, para averiguarle a una persona si un niño es hijo suyo, dicen: *Pu chon tu?* lo que literalmente significa: ¿Tu hijo éste? Pero aquí, como se ve, el demostrativo no modifica a *chon* sino sirve para señalar la persona que es asunto de la interrogancia (pág. 218).

Tradúzcase: “¿Hijo tuyo éste?”, frase elíptica como las hay en todas las lenguas, y queda explicado el misterio que el señor Isaacs vuelve más misterioso con sus explicaciones técnicas impropias.

En otra parte discute largamente el señor Isaacs si ha de decirse Guajira o Goajira, y condena la segunda forma, que es la generalmente adoptada. Cuestión baladí pues la diferencia está en la mayor o menor abertura de boca al proferir la sílaba. Ni es cierto que los españoles escribieran siempre *Guatemala*; al contrario, hasta no ha mucho, se escribió siempre *Guatemala*. Que si ha de prevalecer inmutablemente la *u*, el señor Isaacs pudo haber cerrado el paso a la *o*, ya que esto tanto le interesa, escribiendo *Huajira*, como *huano*, *Huánico*.

Parte de los vocabularios del señor Isaacs es erótica con ribetes de romántica, v. gr.:

La hija de Seinevia es muy ardiente.
Yo te quiero mucho.
Me siento morir por ti.
Sueño contigo.
¿Quieres irte conmigo?
Mi corazón es tuyo,
Hazte cerca de mí.

Yo te quiero comprar.
Cómprame, négociame con mi padre.
Tengo triste el corazón.
Tú tienes la culpa.
Ven a la noche.
Ven sola.

Las seis últimas frases, y otras semejantes, fueron recogidas a bordo, y el señor Isaacs observa en ellas, con pena, la *corrupción...* del idioma:

Estas frases, recogidas a bordo, sirven más para dar idea de la corrupción a que ha llegado el idioma, que para hacerlo conocer. El comercio con los habitantes de Riohacha y con los antillanos está ejerciendo su influencia *corruptora* y no será de extrañar que dentro de algunos años el guajiro se convierta en una jerga detestable, compuesta de voces alteradas, nacidas de esta lengua, del español y del papiamento (pág. 241)

¡Qué celo por la pureza... del idioma goajiro!
Por lo demás, ni una frase catequista o religiosa

IV

LA ARQUEOLOGÍA DARWINIANA

En la parte prehistórica y arqueológica se nota la misma falta de sistema. Cita el autor del *Estudio* tradiciones y opiniones diversas. No adopta ningún principio de crítica ni de interpretación, no desenvuelve ninguna teoría, lo cual no impide que diga muchísimas cosas poco pertinentes.

En su rápida excursión recogió el señor Isaacs varios dibujos, algunos realmente curiosos y dignos de examen y comparación. Pero mezcla lo antiguo y lo moderno y no distingue las figuras emblemáticas de aquellas toscas representaciones o ensayos rudimentarios de pintura a que se refiere el moderno arqueólogo marqués de Nadaillac cuando dice:

Las figuras aparecen en general tan ingenuamente trazadas, que los descendientes, contemplándolas, no habrían podido comprender nada de las proezas de sus antepasados. Es más probable que estas figuras, por curiosas que sean, deban con frecuencia su origen a la fantasía del pintor o del escultor⁹.

⁹ También han de distinguirse las tradiciones de las interpretaciones caprichosas de los mismos indígenas.

“No hay duda (observa con sano criterio el obispo Piedrahita) en que lo más de esta relación (de Bochica) se compone de fábulas y engaños, y que de ordinario en la gente ignorante, el mismo no saber dar razón de las cosas les persuade y dicta notables quimeras”.

Nuestro viajero, enamorado de estas *pictografías, jeroglíficos y emblemas*, los acompaña a su cuaderno reproducidos por la litografía y hace de algunas de ellas las más inauditas interpretaciones.

Refiriéndose a una de las *figuras*, dice con el mayor desenfado:

Tolerándolo mis lectores muy susceptibles, los partidarios de la teoría darwiniana podríamos *suponer* que la figura número 12, mitad simia y de rostro muy raro, es representación de la forma que tuvo el animal, temible como se ve, que precedió al hombre en la escala de perfeccionamiento (pág. 326).

Es deplorable ver a un verdadero poeta convertido por arte mágica, como los compañeros de Ulises, en discípulo de Darwin, y discípulo de aquéllos que imitan lo más feo del maestro por espíritu de remedo; de aquéllos que precisaron la teoría transformista, estableciendo una obligada genealogía, que nos hace descender no de una “forma primitiva” sino del “simio”, como le llama el señor Isaacs, o sea del “mono”.

Ya hemos observado que *poeta y materialista, o darwiniano*, son términos contradictorios.

No se puede negar que los remedadores de Darwin, por su inclinación a la imitación grotesca, tienen ciertas afinidades con su presunto abuelo; *afinidades* decimos, y nada más como las que podemos cualesquiera hombres tener con las imágenes de virtudes y vicios repartidas en la naturaleza animal; pues, por lo demás, no admitimos para ningún racional, incluso los darwinianos, la miserable alcurnia que ellos con tan escaso sentimiento nobiliario se atribuyen.

Para estampar su hipótesis pide el escritor la venia de sus lectores *muy susceptibles*.

¡Y qué! ¿es exceso de susceptibilidad rechazar una hipótesis que nos niega nuestro excelso origen y destinos inmortales y nos reduce a la triste condición de *descendientes* de uno de los brutos más repugnantes?

¡Si lo menos se nos clasificara como progenitores de monos! ¿Pero descendientes? ... El ascendiente puede estar exento de los vicios adquiridos por una progenie degenerada; pero a ésta ¿Qué esperanza le queda?

Con suposiciones tales es preciso tomarlas, examinarlas con paciencia y desmenuzarlas sin piedad para matar el resabio de los pujos de ciencia antirreligiosa y antihumana.

Analicemos:

Los partidarios de la teoría darwiniana podríamos suponer...

¿Por qué los partidarios de la teoría darwiniana podrían suponer eso? ¿Es decir que una teoría, una hipótesis, autoriza a suponer *cualquiera* cosa, sin más fundamento que existir tal teoría o hipótesis?

Podríamos suponer que la figura número 12...

Vamos a ver la figura número 12. Es un perfil de una figura oblonga como cuerpo, que tiene una como cabeza, con una abertura de donde parte un dardo o lengua como de serpiente. La figura tiene una prolongación lateral que podemos *suponer brazo único* y su base es una bifurcación que consiste en dos patas o en una pata que va a la derecha y una cola hacia la izquierda.

Tal es la figura número 12, ni más ni menos.

La cual — sigue el señor Isaacs — *mitad simia y de rostro muy raro*.

¿Por qué mitad *simia*? (*simio* querría decir). ¿Se indica que la figura es biforme como los centauros y sirenas? ¿O que es simio a medias y en apariencia? A la verdad el semianimal, como queda indicado, no es cuadrumano, ni tiene trazas claras de mono del Nuevo ni del Viejo Mundo: ni chimpancé, ni orangután, ni gibón, ni sajú cornudo, ni seimiri, ni mono araña. Ni *aquello* es cabeza de mono Diana, ni de mono patas del Senegal, ni de babuino. ¿Y el dardo que sale de la hendidura que llamaremos

boca? ... En lo que acertó el señor Isaacs fue en la atenuación que puso: es un animal *simia de rostro muy raro...* tan raro que no se halla otro igual en las generaciones viviparas conocidas.

Es representación de la forma que tuvo el animal temible, como se ve, que precedió al hombre...

¿Por qué temible? ¿Ni por dónde *se ve* que era temible? El dibujante era tan imperito que no imprimió a sus líneas el aire de lo temible ni de lo risible siquiera. Sería temible una cabeza de alce, de búfalo o de bisonte. Sólo el dardo o lengüeta pudiera indicar algo de temible, pero ya se ve que ese rasgo no corresponde a ningún cuadrúpedo temible.

El animal temible que precedió al hombre en la escala de perfeccionamiento.

Si aquel animal que precedió al hombre era temible, no podía serlo por otra causa que por sus armas naturales, por sus cuernos, dientes y garras, por su fuerza y agilidad. En ese caso la transformación en hombre no determinó un progreso, porque el hombre como animal, débil e inerme, es inferior a muchos cuadrúpedos, y debió sedo respecto de aquel animal temible. El hombre es poderoso no por dotes físicas hereditarias, sino por artes de defensa y de estrategia de su invención. El Señor le dio el dominio de la tierra, dotándole de la inteligencia con que este ser privilegiado regula la fuerza y subyuga la materia.

El tránsito de un animal antropomorfo, como el gorila, a un hombre *verdadero*, como Virgilio o Pascal, no es natural, y si lo fuese, no supondría escala ascendente sino descendente en el orden físico, único que reconoce la escuela naturalista a que en mal hora y con poca reflexión se ha afiliado nuestro compatriota.

La teoría darwiniana es una de aquellas aberraciones propias de un especialista maniático los que dedican sus vigiliias a un ramo particular de conocimientos, acostúmbranse a ver las cosas por un solo aspecto y pierden la visión del conjunto. Esos hombres son meros observadores, buenos para suministrar datos al filósofo, al *pensador*, pero

no para establecer teorías generales. El zoólogo, que no se ocupa más que en confrontar semejanzas y diferencias que sugieren clasificaciones, no verá en el hombre sino un mamífero bípedo. Darwin, descontento con las clasificaciones admitidas por otros naturalistas, se esforzó por simplificarlas, suponiendo, sobre una hipótesis vieja, que todos los animales y plantas se derivan de un reducido número de formas primitivas, *acaso de una forma única*¹⁰, y todas sus modificaciones sucesivas dependen de una ley constante de elección regular (*natural selection*)¹¹ de individuos y de razas mejor adaptados a los tiempos y circunstancias. Y como el hombre es un *animal*, el naturista sin contar con Dios, ni con la historia, ni con el hombre mismo, toma ese *animal* como pudiera tomar un molusco o un cetáceo, y con la mayor naturalidad, tal vez con candor, lo coloca donde mejor conviene a su teoría preconstituída¹².

Pero si respecto de los animales propiamente dichos se ofrecen al darwinista graves dificultades, por la repugnancia invencible que presenta la naturaleza a fecundar las hibridaciones de animales es y a exhibir ante nuestros ojos la

¹⁰ Si Darwin hubiera sido filósofo habría colocado (como muchos filósofos) en la mente creadora aquella unidad y simplicidad de ideas que no alcanzó a ver sino en imaginarios tipos reales de la naturaleza. Negando la unidad de la familia humana fue a buscar una unidad más general en tipos más y más groseros, originarios del *átomo*. Los que no quieren mirar a Dios, van a parar al *Dios-Nada*.

¹¹ La manía darwinista lleva al señor Isaacs a hablar del “*grado de selección* (a secas) y cultura” en que se halle un pueblo (pág. 178).

¹² La teoría transformista de Darwin no es nueva. Precedióle el francés Lamarck (1744-1829), y el origen atómico y la generación espontánea, base de esa teoría, se remontan a Lucrecio y a Epicuro.

Pueden reducirse a tres las grandes teorías sobre el origen del hombre: 1ª La de los monogenistas, que mantienen la unidad de la familia humana como procedente de un solo par primitivo, aunque sujeta a diversas modificaciones; 2ª La de los poligenistas, que suponen diversas e independientes creaciones de hombres, progenitores de razas humanas; 3ª La de los evolucionistas (entre los cuales figura con especial notoriedad Darwin), que suponen que el hombre es un animal y nada más que un animal, engendrado por otro *más* animal que él, principiando esta serie de procreaciones progre-

imaginada transformación efectiva de sus tipos, respecto del hombre mismo, la experiencia amplia, psíquica y física, desmiente perentoriamente la teoría evolucionista.

En primer lugar, el hombre en su *parte* animal, aun considerado sólo como animal, ostenta la unidad de su especie y no permite se le confunda con los otros animales. Anatómicamente no hay diferencia entre el negro africano y el blanco europeo. El color y otras peculiaridades accidentales dependen de la influencia poderosa que en larga serie de edades ejercen sobre la organización física los climas y demás condiciones materiales. Los híbridos de plantas o de animales no poseen el poder de reproducirse, mientras que los cruzamientos de diversas razas de hombres son fecundos, lo cual demuestra que no hay híbridos humanos sino que todos formamos una sola familia, que recibió en herencia todas las zonas: *creced y multiplicaos, y henchid la tierra*.* En segundo lugar, este ser idéntico a sí mismo en todo tiempo y región, si tiene una parte que lo asimila a los animales sin confundirlo con ellos, tiene, además, una

Sirvas por la generación espontánea de los tipos inferiores de la naturaleza vegetal y animal.

La teoría monogénica, única conforme con la religión revelada, se halla hoy profesada y sostenida en el terreno puramente científico por los sabios más eminentes, tales como Latham, a quien se asigna generalmente el primer puesto entre los etnólogos europeos; filólogo insigne además y naturalista en toda la latitud de la palabra.

Recomendamos a los jóvenes colombianos, que quieran estudiar a fondo estas cuestiones, las obras siguientes, clásicas en la ciencia: LATHAM (Robert Gordon), *Natural history of the variety of men*, Londres, 1850; *Men and its migrations*, 1851; *The native races of the Russian empire*, 1854; PRICHARD (James Cowles), *The natural history of man*, Londres, 1855, 2 vols.; *Researches on the physical history of mankind*, 5 vols.

Si el señor Isaacs, como él lo confiesa, es nuevo en estos estudios ¿por qué a ojo cerrado se va a Darwin, y no se digna hojear a los monogenistas? ¿Qué especie de *selección natural* es ésta de ignorancia en favor del error? Entre los impugnadores directos de Darwin, véase al célebre naturalista francés Quatrefages, y en castellano, como autor más popular y al alcance de todos, a Polo y Peyrolón.

* [Génesis, 1, 28]. N del E.

parte espiritual, intelectual, que le constituye ser compuesto esencialmente diverso de todo mero animal. En vano, tratando de debilitar la objeción, los evolucionistas confiesan, como quien no dice nada, que el hombre *habla*, sin reparar el habla es sólo revelación de una facultad luminosa — la inteligencia. Llevados, mal de su grado, a este terreno, llamarán *inteligencia* menor a la de los animales, e *inteligencia* mayor a la del hombre, como si usando de un mismo término pudiesen identificarse la facultad sensitiva y estimativa del animal con la intelectual propia del hombre, entre las cuales hay diferencia tan esencial, abismo tan profundo, que en ningún tiempo ni en zona alguna el animal más *inteligente* ha dado un solo paso para salvarlo¹³.

“La mayor parte de la flora y la fauna de América — observa Hubert Bancroft, el eximio etnólogo de California— si se exceptúan las regiones circumpolares, es esencialmente desemejante de las del Viejo Mundo; al paso que el hombre del Mundo Nuevo, aunque lleva trazas de alta antigüedad, es específicamente idéntico a los hombres de las demás razas que pueblan la tierra”. La excursión que hizo el señor Isaacs en la Goajira, la buena acogida que halló entre aquellos naturales, las amistosas relaciones que cultivó con algunos de ellos, su conferencia con el venerable sacerdote businka que bajó de las montañas para saludarle, han debido persuadirle experimentalmente que él, originario de razas del mundo antiguo, y el hombre americano, no se encuentran como extraños sino como hermanos en quienes la larga separación no ha borrado los medios de recíproco reconocimiento e *inteligencia* recíproca; han debido revelarle de nuevo — ya que él había renunciado a la revelación divina que le transmitió su madre — que los hombres todos formamos una sola familia predilecta del Sumo Hacedor.

¹³ Sobre el error de clasificar al hombre como una especie de animal, aunque se añada racional, véase a un excelente artículo filosófico de don José Eusebio Caro en sus Obras escogidas.*

* [El hombre, en Obras escogidas de José Eusebio Caro, Bogotá, Imprenta de El Tradicionista, 1873, Pág., 193-200]. N del E.

Pase que un hijo de curtidor, mirándolo todo desde el ruín punto de vista en que se ha formado, pregunte *qué se hicieron los cueros* de sus abuelos, si alguna vez oye decir que sus abuelos murieron; pase que un zoólogo, como aquel curioso naturalista que pinta Iriarte,* acostumbrado a trajinar con animalillos, adolecido de visión incompleta y de desequilibrio mental, se mantenga aferrado a una tesis materialista; pero esa misma tesis, adopta por servil homenaje a lo *novísimo* aunque sea *malísimo*, o, que es peor, por odio a la religión de Cristo, es intolerable en el filósofo lo mismo que en el poeta, que estudian y conocen al hombre *por dentro* y tienen la convicción o el sentimiento profundo del orden *sobrenatural*.

El señor Isaacs implora la tolerancia de sus lectores muy susceptibles. Vea ahora el señor Isaacs por qué, si *tolerar* significa callar y asentir, nosotros, ya que hemos tenido la paciencia de leerle o de hojearle, no podemos absolutamente tolerar que en los *Anales de Instrucción Pública* de una nación cristiana, se haya permitido él estampar su adhesión a la teoría de Darwin, precisamente en el punto repugnante de esa teoría, en lo que toca con el hombre.

Pero tenemos que decirle al señor Isaacs —ya que interpela a sus lectores— que, aun puesta a un lado la creencia católica y la fe cristiana *in genere* de este pueblo de Colombia, desde el punto de vista puramente darwiniano tampoco podemos *tolerarle*, ni se lo toleraría el mismísimo Darwin si viviese, la significación que el señor Isaacs atribuye a la ridícula figura marcada con el número 12 en su colección de *jeroglíficos*.

En gracia de discusión, para demostrar al señor Isaacs su desatino, *podemos suponer* y, haciendo algún esfuerzo para vencer la repugnancia que cuestan estas suposiciones o retiradas estratégicas, suponemos *aquí* que el hombre desciende del mono.

Pero no podemos suponer que esta hipótesis *cientista* tenga ningún fundamento histórico ni tradicional.

La hipótesis de un estado salvaje primitivo sostenida por los razonadores del siglo XVIII —los más enclenques razonadores de todos los siglos— y refutada como jugando por De Maistre con la limpieza del gladiador que reserva sus fuerzas para combates formales¹⁴; esa hipótesis busca a lo menos apoyo en la historia y en la historia contemporánea; porque todavía hay en el mundo muchas tribus bárbaras y salvajes y el señor Isaacs ha visitado algunas de ellas.

De Maistre, dentro de los tiempos históricos, demuestra que el salvaje no es el hombre primitivo sino el hombre degenerado.

La hipótesis darwiniana no tiene fundamento histórico ni aun fuerza de analogía histórica de ninguna especie. El supuesto paso del mono al hombre no se ha verificado en ningún tiempo ni región; los hombres han sido hombres siempre y los monos jamás han engendrado hombre, ni homúnculo, ni semihombre ninguno. El darwinista coloca ese fenómeno muy lejos, mucho más allá de los tiempos históricos, fuera de todo experimento y de toda tradición.

Ya ve el señor Isaacs que nosotros no podemos suponer lo que los darwinistas mismos no se atreven a suponer, porque *no pueden* suponerlo.

La teoría darwiniana no es un hecho histórico ni tiene analogía histórica.

La teoría darwiniana no es una tradición.

El “animal temible”, supuesto progenitor del hombre, no pudo transmitir a su inmediato descendiente su recuerdo. Si en los pueblos que tienen historia, genealogías y tradiciones, no existe la tradición símica, ¿cómo habremos de buscarla en tribus que sólo conservan recuerdos confusos y fantásticos de sus orígenes?

Es más: esa tradición ni existe ni puede existir. La tradición requiere dos condiciones indispensables: la identidad

¹⁴ La misma hipótesis fue proclamada como hecho cierto, hace años, por el señor J. I. Escobar en un discurso universitario que refuto *El Tradicionista*.

* [*El naturalista y las sabandijas*]. N. del E.

de la especie en sucesivas generaciones y su intelectualidad. La tradición es la memoria de la raza humana, o de una rama de ella, como tal raza humana, *una* misma e inteligente. En la teoría darwiniana hubo una forma primitiva que se transformó lentamente hasta parar en el hombre cual hoy existe. No hubo, según esa teoría, una transición brusca de “animal temible” y deforme a hombre, como parece que supone el señor Isaacs. En ninguno de los dos casos pudo haber tradición: ni durante la insensible e inconsciente transformación, ni en las relaciones inconcebibles del padre bruto con el hijo inteligente. La tradición, como el lenguaje que la trasmite, supone un estado *social* permanente.

Por lo demás, para fijar la significación de una pintura es preciso confrontarla con las tradiciones, con las creencias, con las supersticiones del pueblo que tratamos de estudiar.

El señor Isaacs nos da las siguientes noticias de la mitología de las tribus indígenas del Magdalena.

En Mâgüaipá, al oriente de la península y el Parârierun recogí las tradiciones más importantes de los guajiros.

Mareigua habitó un tiempo en las cumbres de Aráhur, y se fue dejándoles la tierra a sus nietos. Existe allí una laguna salada, donde vive una serpiente voraz. Si alguien toma frutas de los árboles inmediatos, al punto muere. Las alturas de aquel monte, el más venerado de las tribus, se cubren a veces de nieblas, y es de aspecto extraño en aquella región e imponente por lo mismo para los indígenas. A esto se reduce lo que de su teogonía me fue dado conocer.

Como otros pueblos salvajes de América, tienen recuerdo legendario de un diluvio o inundación del país que habitan, y he aquí el relato que de tal acontecimiento me hizo un anciano de la raza jayariú:

Era Guarunka una virgen de extraordinaria hermosura e irresistibles atractivos y su padre el jefe más poderoso y valiente de la nación. Nunca mujer tan bella habían conocido los hombres y ninguno podía ser bastante rico para comprarla como esposa. Un agorero o adivino advirtió a los padres de la doncella, que sería funesto el instante en que su hija concediera las primicias de amor. Vióla Yarfá — Luzbel o espíritu maligno — y desde ese momento fue poseído de amoroso frensí. Toma entonces, experimentado y astuto,

la apariencia de un mancebo gentilísimo, y ronda las florestas y campiñas espionando a Guarunka ya en secreto abrasada de amor.

Bañábase la princesa en las corrientes del Sarsaráin: aprovechó Yarfá el descuido de los guardianes celosos, y ella, olvidada del fatal y odiado pronóstico, fue débil para resistir a los ruegos y caricias de su amante.

Obligada era la fuga, y se asilaron en Guarkasanhirú: allí tenía casa el raptor, grande y cómoda; pero al despertar advirtieron los amantes que se había convertido en piedra, o en un antro sin salida sobre el cual bramaban las olas. Largo tiempo trascurrió después, que es de suponerse no sería de ansiedad ni de privaciones para la reclusa y venturosa pareja, porque Yarfá debió de apelar a todo su poder, no bastante sin embargo a combatir el elemento que los sepultaba. Al fin oyeron sobre la casa de piedra el canto de un ave; les decía que llamasen a Sûarrar — la rata grande — para que abriera salida bajo el suelo, porque ya la tierra se había secado; mas no se aceptó el recurso. Entonces la avecilla — el canoro turpial de aquellas pampas— convocó a todas las aves a efecto de abrir un agujero en la roca; todo en vano, porque sus picos se amellaban y sólo el Híschu fue capaz de hacer uno pequeñito por donde salieron Yarfá. Guarunka y cuatro de sus hijos, en forma de pájaros diminutos, colibrís seguramente. Mas el quinto de aquéllos se resistió a transformarse así; era el más sabio y malicioso; el padre futuro de los guajiros nobles. Le instaron a que saliera convertido en humo, y eso sucedió. Luego una grandísima serpiente fue sacando del lodo gentes de todas las razas: primero los indios que habitan la región oriental de la Guajira, después los paraujas, que marcharon más allá de la sierra de Makuira, en seguida los cocinas, que se fueron al sur, y por último ingleses, españoles y otros blancos. Notóse a poco, que los guajiros comían mucho y fue necesario resolver que los blancos buscaran tierra en donde vivir y se les arrojó al punto.

Aquellos indígenas no le dan por causa al diluvio de sus leyendas la corrupción de los hombres, que tal castigo merecieran, rebeldes a los mandatos y enseñanzas del Creador; atribuyen la calamidad a obra del espíritu maligno — a quien temen y cuyo poder admiran— enloquecido de amor por una mujer de la tribu, y se reputan descendencia de Satanás, su Noé, si no con orgullo a lo menos sin rubor (págs. 304-305)

En otro lugar del *estudio* leemos:

Los sacerdotes businkas de la sierra Nevada de Santa Marta, una vez que pude ganarme su cariño y estimación, me referían que en

los altos montes de Sulivaka, al sudeste de los nevados, nacieron los primeros hombres para esparcirse en familias por toda la tierra. Kankusina (Dios) y su esposa Nahueyecan habían engendrado la especie humana, y el grupo escogido de ella fueron los descendientes de Kavio Kúkui, nieto de aquel creador universal. La humanidad vivía entonces en un medio o ambiente casi tenebroso, porque ni el sol ni la luna alumbraban; apenas se percibía en la tierra el débil resplandor de Húkue (constelación del Tauro), de Minkoke avanzaba (Sirio), de Nauteke (Júpiter) y de otras estrellas, que en largos tiempos no se divisaban. De tal región bajaron Busin-Diuave y descendientes, que eran por su genitor de la raza de Kavio Kúkui, y marchando como a tientas de cumbre en cumbre y de abismo en abismo, llegaron al fin al valle que fue primer asiento de la nación businka — treinta kilómetros al noroeste de San Sebastián de Rábago. De súbito apareció el sol en el oriente y Busin fue convenido en la enorme piedra sagrada que en el valle me mostraron. El musgo de los siglos ha cubierto en contorno bajo densa alfombra los amuletos de cornerina, ágata, mármol y pórfido (!). La roca no tiene signos ni en el dorso ni en los flancos; los businkas le dan el nombre de Busin-Diuave.

De los jeroglíficos y emblemas que copié en los adoratorios recónditos de las montañas, los sacerdotes indígenas, no obstante la veneración de que son objeto las piedras sagradas, sólo conocen el significado de tres emblemas, los distinguidos en las planchas anexas con los números 42, 84 y sus semejantes, y 92. El primero es representación de la divinidad: el segundo del sol; y el tercero, una interminable evoluta, de la eternidad. Los otros signos, o su mayor parte, podrían comprobar que la tribu o nación que los grabó en las rocas conservaba tradiciones toltecas o memoria de inscripciones, de ídolos y monumentos de aquel pueblo. Así lo aseguró, al mostrarle las planchas adjuntas, el señor presbítero Filiberto Thermos¹⁵, viajero doctísimo que acaba de estudiar las antigüedades de Méjico y de Centro América (pág. 298).

Sin meter el escalpelo de la crítica en esta adornada y algo romántica relación, en que vemos mezcladas noticias del origen de los indios con las de la procedencia que los mismos indios suponen a los ingleses, españoles y otros

¹⁵ Este apellido se escribe con z, y la persona que lo lleva no es doctísima ni de condiciones propias para investigaciones críticas.

bancos, nos conformamos con ella para la indagación del momento.

Resulta de la mitología goajira y businka, recogida por el señor Isaacs, que aquellos indígenas tienen la tradición de un Dios creador, de un espíritu maligno, de una serpiente, de un diluvio, de una piedra sagrada.

En ninguna parte de su mitología se hace mención del mono o animal temible representado, según la suposición del señor Isaacs, en la figura número 12.

El mismo señor Isaacs supone que esas tradiciones no son autóctonas sino traídas por los ascendientes de los indígenas que vinieron en remota época de otros países; lo cual impide al señor Isaacs suponer que los indígenas puedan imaginar que descienden de un mono o de otro animal *americano*.

En la página 307 el autor supone que —

Las tribus, que habitaban la península al efectuarse la invasión caribe, eran sin duda descendencia muy lejana, mucho, del pueblo que grabó en las vertientes orientales de la Sierra los signos y figuras que copié en Setkuá (Marocaso) y valles al poniente, en las rocas de Seukuke, Huguirruambá y Lonzeirá. Escribí en páginas anteriores que ni los guamakas ni los otros moradores actuales de la Sierra conocen el origen y edad de las pictografías y que sólo les ha llegado muy débil luz de aquellos tiempos.

De aquí podría inferirse que fueron hijos inmediatos de un “animal temible” alienígena los autores de los emblemas copiados por el señor Isaacs. Pero ya se ha dicho que esos supuestos remotísimos seres no dejaron tradiciones en ninguna parte, ni pudieron dejarlas si hubieran existido; las tradiciones humanas tienen sus límites; la escritura, la pintura y el habla misma pertenecen a los tiempos históricos.

En suma, la interpretación del señor Isaacs no se conforma con las tradiciones de las tribus ni con ninguna tradición.

Pero supongamos todo lo que podemos suponer contra el texto del viajero y en favor de la hipótesis del darwiniano. Supongamos que esa figura, que lo mismo podría ser

la de un sapo o la de un tigre y que en realidad no es nada apreciable etnográficamente supongamos que ese rostro *muy* raro sea efectivamente la representación de un animal mitad simio o enteramente simio y por añadidura temible.

Y supongamos, que esto también es mucho suponer, que los indígenas del Magdalena crean o hayan creído alguna vez que descienden de ese animal raro y temible.

¿Se deduce de sólo ese hecho, que ese animal raro y temible haya precedido al hombre en la escala a perfeccionamiento ni en cualquiera otra escala?

No; el más fanático darwinista no se atrevería a sacar esa consecuencia; porque, como queda dicho, la teoría darwiniana no depende de ninguna tradición.

Hay algunas tribus salvajes que — si hemos de creer a los viajeros¹⁶ — imaginan descender de éste o de aquel otro animal, no precisamente del mono. Otros traen su origen del sol como los peruanos o de un espíritu como algunos indígenas del Magdalena, según el testimonio del señor Isaacs.

¿Y qué prueba todo eso en favor de la teoría darwiniana, ni siquiera en relación con ella? Absolutamente nada. Las variadas tradiciones mitológicas no buscan su explicación en rígidas clasificaciones técnicas, ni los darwinistas aspiran a elevarse a la región filosófica de la mitología comparada.

Sucede precisamente todo lo contrario de lo que al señor Isaacs sugirió su preocupación antirreligiosa. Donde menos han de buscarse comprobantes de ciertas teorías científicas es en las tradiciones o fábulas de ninguna tribu ni gente.

La civilización muy avanzada trae consigo la división y subdivisión del trabajo intelectual; de aquí los especialismos científicos, las ingeniosidades extravagantes y los refi-

¹⁶ muchos datos suministrados por viajeros son patrañas. Recuérdense aquella ratas chatas de que descienden los santandereanos de Colombia, según el ingeniero Mr. Ross, citado muy seriamente por Herbert Spencer. ¡Este dato es el fruto que saco la ciencia del proyectado ferrocarril del carare!

nacimientos viciosos, el *plus supere quam oportet supere*. Los Darwines y el darwinismo son correlativos. Si se demuestra que en la Goajira ha existido el darwinismo, quedaría *ipso Jacto* demostrado que allí hubo zoólogos tan escudriñadores y suspicaces como el famoso zoólogo inglés. Ahora, prescindiendo de extravagancias, la ciencia respetable que estudia los fósiles y reconstruye animales anteriores al hombre, sólo florece en pueblos civilizados. Si en la Goajira se reconstruían animales que el hombre no conoció, eso probaría que aquellos naturales alcanzaron alto grado de civilización. ¡Pero en ese caso, habría allí maestros y escuelas organizadas y los pintores de ellas no serían tan toscos como el autor del número 12!

Dejemos a un lado las rapantes águilas, los combates de elefantes y otras enormidades fantaseadas por el señor Isaacs; y para dar de una vez una idea general de las interpretaciones arqueológicas de este aficionado, pasemos a la figura número 7, que está próxima a la marcada con la cifra 12.

Hace algunos años descubrióse, no recordamos dónde (en Europa) una piedra que contenía tres letras: NEL. Diósele de cabezadas los anticuarios por descifrar tan enigmático nombre, y dijeron pocos disparates. Poco después se descubrió que aquella piedra era un fragmento y las tres letras que contenía, la parte media del conocido nombre latino de varón CORNELUIS.

Casos de esta naturaleza abundan en la historia contemporánea para humillación de soberbios y desengaño de crédulos.

La figura número 7 es una especie de cruz ligada a una B.

Véase la interpretación del señor Isaacs.

En las planchas llamarán la atención las figuras de los números 2, 3 y 7; las dos primeras fueron tomadas en la piedra de Kauka- makué y la última al oriente del sitio donde están las ruinas de la antigua Valencia de Jesús. El signo marcado con el número 7 es relativamente moderna, y por la inicial que tiene en su base,

he inferido que lo grabó Fray Luis Beltrán, evangelizador en las tribus de la Sierra Nevada por los años de 1563 a 68, como Fray Luis de Vero en Maracaibo y la Guajira, sacerdotes de eximias virtudes y loable abnegación, *nunca imitada por otros de la diócesis de Santa Marta*¹⁷; demuéstrole así la historia sería, prescindiendo de los encomios desautorizados que les prodigó a muchos en su *Floresta* don José Nicolás de la Rosa, y antes Fray Alonso de Zamora, cronista de sano criterio en casi todo lo demás y de dotes.*

Por nuestra parte preferimos la explicación sencilla y contemporánea que dan los habitantes de la región visitada por el señor Isaacs.

Aquellas dos líneas cruzadas son una T, y el *jeroglífico* es el hierro que servía para marcar los animales pertenecientes a la señora Tomasa Barros.

“La geografía no se inventa”, dice el señor Isaacs, refiriéndose a la del señor don Felipe Pérez.

Tampoco se inventa la arqueología, y si el inventor carece de humildad cristiana, puede incurrir en “pecados vergonzosos”.

V

LAS MISIONES EN COLONIA

Jamás nación alguna — dice el inmortal De Maistre — fue civilizada de otro modo que por la religión. No se conoce ningún otro instrumento que sirva para reducir al hombre salvaje. Sin recurrir a la antigüedad, que es decisiva en este punto, tenemos de ello una prueba palpable en América. Hace tres siglos que estamos allí (los europeos) con nuestras leyes, nuestras artes, nuestras ciencias, nuestra civilización, nuestro comercio y nuestro lujo, ¿y qué hemos hecho en beneficio de las tribus salvajes? Nada. Destruimos a esos desgraciados por el hierro y con el aguardiente; los acosamos más y más

¹⁷ La Maligna bastardilla es del original.

* [Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena, antes provincia de Santa Marta, en *Anales de la Instrucción Pública en los Estados Unidos de Colombia*, tomo VIII, septiembre de 1884, núm., 45, págs. 298-299]. N. del E.

hacia el interior de sus desiertos hasta hacerlos desaparecer del todo, víctimas de nuestros vicios y de nuestra cruel superioridad. *

¿Ha habido algún filósofo alguna vez que haya pensado en dejar *su patria y sus comodidades* para ir a las selvas de América a reducir a los salvajes, separarlos de sus vicios y barbarie y darles una moral?... Los filósofos han hecho algo mejor: han compuesto elegantes libros para probar que el salvaje es el hombre *natural*, y que no podríamos aspirar a mayor dicha que a salvajizarnos...

Los misioneros han obrado maravillas que están muy por cima de las fuerzas y aun de la voluntad del hombre. Sólo ellos recorrieron de un extremo a otro el continente americano para crear allí hombres. Nada hay que en este género iguale a las misiones del Paraguay; allí se vio de un modo más señalado la autoridad y el poder exclusivo de la religión para civilizar a los hombres. Se ha encomiado este prodigio, pero nunca cuanto merece; el espíritu del siglo XVIII y otro espíritu, su cómplice, han tenido fuerza para ahogar en parte la voz de la justicia y la de la admiración hacia aquellos pacíficos conquistadores a quienes la antigüedad habría divinizado.**

Y cuando se piensa que esa Orden legisladora que reinó en el Paraguay sólo por el ascendiente de las virtudes y los talentos, sin apartarse jamás de la más humilde sumisión hacia las autoridades legítimas, aun las más desalumbradas; que esa Orden, digo, venía a arrostrar al mismo tiempo en nuestras prisiones, en nuestros lazaretos y hospitales, cuanto la miseria, las enfermedades y la desesperación presentan de más asqueroso y repugnante; que esos hombres, que al primer llamamiento corrían a sepultarse en calabozos inmundos al lado de la inteligencia, no se presentaban con aire extraño a la cultura en los círculos más refinados; que subían a los cadalsos a *decir las últimas palabras* a las víctimas de la justicia humana, y que de esos teatros de horror pasaban a la cátedra sagrada para tronar desde allí en presencia de los reyes¹⁸; que manejaban el *pincel* en China, el telescopio en nuestros observatorios, la lira de Orfeo¹⁹.

* [Essai sur le principe générateur des constitutions politiques et des autres institutions humaines, XXXIII-XXXIV]. N. del E.

** [Idem, XXXVI.] N. del E.

¹⁸ *Loquebar in testimoniis tuis in conspectu regum, et non confundebat* (Ps. CXVIII, 46). Inscripción puesta en el retrato de Bourdaloue y por muchos de sus colegas también merecida. DE MAISTRE.

¹⁹ El padre Salvaterra (hermoso nombre de misionero, justamente apellidado el *apóstol de California*) aproximábase a los salvajes más intratables de que hay noticia, sin más armas que un laúd que to-

en medio de los salvajes, y que esos mismos hombres formaron siglo de Luis XIV; cuando se piensa, en fin, que una detestable coalición de ministros perversos, de magistrados febricitantes ignobles sectarios, pudo en nuestros días destruir esta institución maravillosa y vanagloriarse de ello, creyéndose estar viendo a aquel loco que triunfalmente asentaba el pie sobre un reloj exclamando: *No te dejaré sonar*. Mas ¿qué tenemos que decir en este caso? ¡Los locos no saben lo que hacen!²⁰

Sin embargo en la locura, como en la embriaguez, aparecen los buenos o los malos instintos. Hay locuras risueñas y festivas; locuras caballerescas y nobilísimas — la religión católica fue llamada la *locura de la Cruz* —; locuras malévolas y feroces.

De Maistre escribía a fines de la pasada centuria y principios de la presente, cuando todavía reinaban en el mundo intelectual las sandeces del “siglo XVIII”. Contra ellas pro-

caba lindamente. Empezaba a cantar: IN VOI CREDO, DIO MIO! Hombres y mujeres le rodeaban y escuchábanle en silencio (MURATORI, *Cristianesimo felice*, 1752, cap. XII) — DE MAISTRE.

²⁰ *Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas* [XXXVI]. — Opúsculo admirable, con todo lo que escribió De Maistre; lo más fecundo que se ha dicho, en breves páginas, sobre derecho constitucional.

Para que nada falte, al testimonio del genio católico añadiremos el de los demonios mismos.

En uno de sus momentos lúcidos escribía Voltaire, en carta de febrero de 1746:

“En los siete años que viví al lado de los jesuitas ¿qué vi? La vida más laboriosa, más frugal, más arreglada; todas sus horas estaban divididas entre los cuidados que nos consagraban a nosotros y los ejercicios de su austera profesión. Apelo en esto a miles de hombres educados por ellos como yo; no habrá uno solo de ellos que pueda desmentirme. Y por esto *no acabo de maravillarme de que se les acuse de enseñar una moral corruptora*. Ellos tuvieron, como todas las demás órdenes, religiosos que agitaron el pro y el contra de cuestiones esclarecidas hoy y echadas al olvido. Mas de buena fe, ¿su moral ha de ser juzgada por las sátiras ingeniosas de las *Cartas provinciales*?... Me atrevo a decir que nada hay más contradictorio, nada más vergonzoso para la humanidad que acusar de moral relajada a hombres que llevan en Europa la vida más pura y van a buscar la muerte en las extremidades de Asia y de América”.

testa él con firme entonación. ¡Qué asombro no debía de causar a aquellos hombres insensatos la voz de la razón y la justicia! El siglo XIX, infinitamente superior al siglo ignorante y presuntuoso que adoró a la razón encarnándola en una meretriz, ha confirmado las doctrinas de De Maistre. Hoy en sus obras hallamos sólo la expresión elocuente del buen sentido. Pero en la época en que él escribió, fue como hombre que se libra de una epidemia reinante y que lamenta el extravío universal. Por eso De Maistre en medio del siglo XVIII aparece como un milagro, y ante los siglos siguientes se ostenta su figura como la de uno de los raros profetas de los tiempos modernos²¹.

El siglo XIX tiene sus manías; pero no adolece (¡gracias a Dios!) de la *mala* locura demoníaca que atormentó al siglo XVIII. En naciones en su mayoría protestantes como Inglaterra y los Estados Unidos se propaga libremente el más genuino catolicismo. No solamente no se persigue allí a los misioneros de que habla De Maistre, sino que se fomentan sus establecimientos. En las dos naciones que hemos citado hay florecientes colegios de jesuitas. No ha mucho el gobierno de los Estados Unidos intentó, con buen éxito, ante el de Italia, en lo que le concernía, una reclamación diplomática por la expropiación de los bienes de la *Propaganda*.

En las naciones católicas no ha cesado del todo el principio mórbido. Sin embargo la España de Cánovas, y aun

²¹ Los farfulladores de diccionarios biográficos, y los que como ellos no han leído a De Maistre, hablan de su brioso estilo y de sus *opiniones singulares*; eco tardío de la sorpresa que causaron sus escritos en ya remotos tiempos. “*Il n'est pas moins remarquable* (dice Bouillet, con ser escritor moderado) *par la vigueur de son style que par LA SINGULARITÉ DE SES DOCTRINES*”. De Maistre es ciertamente *original*, pero su originalidad es la del talento superior, y sumiso a la verdad, no la extravagancia y la paradoja. — Si todavía el *Syllabus* en 1865, y la declaración de la infalibilidad pontificia en 1869, alarmaban a hombres como el obispo Dupanloup y a los católicos de Fulda, ¿qué diremos de esos mismos principios sostenidos con la mayor serenidad en 1809? — De Maistre en lo dogmático alcanza la inmutable perfección que Kempis en lo místico.

la de Sagasta y de Castelar, no es la España del conde de Arana y de los alumnos de la Francia revolucionaria. Francia misma, en medio del torbellino de sus actuales extravíos no se atreve a tocar a las misiones en sus colonias. Gambetta, cuando por ese lado se le acusaba de inconsecuencia, decía que la persecución religiosa no era artículo de *exportación*; y Paul Bert, desafortunado anticatólico en Francia, manifestó como gobernador del Tonkín, el aprecio que hacía de los misioneros que, fuera de su patria, saben mantener las simpatías del mundo hacia el nombre francés.

En América sólo el Perú y las pequeñas repúblicas de Centro América, de cerviz rebelde a las más terribles lecciones, padecen todavía síntomas de obsesión.

El general Cáceres, presidente del Perú, como ya sucedió con el general López, presidente de la Nueva Granada en 1850, demuestra que el valor militar no es el valor cívico ni alcanza solo a vencer la compulsión de malos consejeros, y después de haber recibido personalmente, en días de tribulación, pruebas directas de la bondad y caridad de los padres jesuitas, los expulsa del territorio peruano por un decreto que ha firmado, como López, contra la voluntad de la nación y contra sus propios sentimientos ²².

En meses pasados el gobierno de Guatemala prohibió la entrada en su territorio a todo *clérigo católico extranjero*. ¡Es decir que el dictador Barrios, aquella figura siniestra, exótica en nuestro siglo, no ha muerto!

²² El señor Palma, director de la Biblioteca de Lima, antes riquísima, destruida por la guerra con Chile, pasa circulares pidiendo libros; y al mismo tiempo ha sido de los que, con más virulencia y con publicaciones que dejan atrás sus calumniosos y tristemente célebres ataques a la memoria del Libertador Bolívar, han promovido la expulsión de los miembros de una sociedad que más que ninguna otra honró al Perú con sus virtudes y le enriqueció con sus producciones literarias (Véase TORRES SALDAMANDO, *Los antiguos jesuitas del Perú*, en 8°, Lima, 1882). Dios hizo sanables a las naciones, pero algunos hombres se empeñan en impedir la curación de su propia madre.

Ahora los representantes de las repúblicas centroamericanas se reúnen en Guatemala para acordar las bases de la unión, y entre ellas está la proscripción de los jesuitas. Sobre odios cobardes, indignos aun de tribus salvajes, ¿qué cosa grande ni fecunda podrá fundarse?...

Colombia, justamente orgullosa de sus eximias facultades intelectuales, ha recobrado también la sana razón. La obra civilizadora, interrumpida aquí como en otras partes, dejó mudo pero elocuente el vestigio de la cruz de la misión en desiertos que antes fueron reducciones, en medio de nuestras tribus salvajes; y el Estado se asocia a la Iglesia para reanudar la pacífica conquista de las almas, tras la cual vienen las artes y el legítimo progreso, que son la *añadidura* prometida por Cristo al reino de Dios y su justicia.

La comisión, que ha explorado recientemente las regiones del Meta, abrió el corazón a los sentimientos que naturalmente despierta la contemplación de ricas comarcas que fueron florecientes misiones de jesuitas:

Hoy cenizas, hoy vastas soledades.

Los miembros de la comisión principian su informe por esta importante indicación:

Teniendo en cuenta que la insalubridad del llano y los demás peligros a que el viajero va expuesto, cuando emprende la tarea de recorrer esas vastas y solitarias pampas, provienen todos de la falta de población que, echando mano de los medios que la civilización ofrece para el cómodo paso de los ríos en las épocas de sus crecientes construyendo albergues y posadas que guarezcan de la inclemencia del sereno y de las lluvias y acarreamo provisiones y alimentos de que hoy se carece, le suministre al viajero, estimamos como elemento primo al allegar a las riberas del Meta las tribus salvajes que se hallan dispersas y errantes en esa región. *El establecimiento de las misiones es, en sentir de cuantos conocen aquellos lugares, el único medio capaz de atraer y congrega las tribus nómades, si ya las ruinas de Santo Tomás de Upía, Guarimena, Zurimena, Santiago de Agua-azul, Casimena, Joganá, Orocué viejo. Cu-*

maral y las de otras poblaciones que florecieron en tiempo de los antiguos misioneros, no proclamasen por sí solas esta verdad ²³.

Volvamos los ojos al Caquetá y oigamos la descripción que, con sano criterio y noblemente animado, hace de aquellas regiones un escritor que de cerca las conoce — el señor don Julián Bucheli, en *El Precursor* de Pasto:

Al dirigir una mirada al inmenso territorio del Caquetá ¿qué se presenta a las miradas del observador? Por un lado un emporio de riquezas, venas de preciosos minerales, quinas, caucho, ricas maderas y vegetales, en fin, todo lo que puede halagar al que se dedica a hacer una fortuna; todo lo que puede sellar la prosperidad de un país. Sus vírgenes montañas en las que al lado del vetusto roble se levanta la palma gigantesca, las linfas puras de sus cascadas y de sus inmensos ríos, que llevan por todas partes la fecundidad; el rugido estridente del jaguar, que responde a las voces del leopardo; el silbido penetrante de sus reptiles, el armónico canto de la infinidad de aves, que llenan el aire con sus trinos; sus fieras, el sordo grito del huracán, que abate la maleza; todo, todo hace del Caquetá una especie de paraíso salvaje mezclado con no sé qué de terrible, que hace estremecer el alma.

Pero al lado de tan majestuosa belleza se levanta un cuadro desgarrador: la humanidad degradada, el cancro moral que ha herido de muerte al mísero habitante de esas inmensas soledades. Un abismo insondable los tiene separados del gran banquete de la civilización. ¡Qué triste es el espectáculo que presenta la más noble de las criaturas, cuando medio borrados y envilecidos los nobles títulos de su dignidad, se arrastra como inmundo reptil por entre el fango de la ignorancia! Y no ha faltado quien pondere la felicidad y la inocencia del hombre en ese estado de aislamiento. ¿Puede haber inocencia, viciados como están entre ellos los miembros de la familia y autorizados los crímenes más atroces de que puede avergonzarse la humanidad? Nuestra pluma se resiste a narrar las repugnantes escenas de que son testigos las inmensas florestas del Caquetá.

¿Y los pretendidos filántropos han intentado alguna vez siquiera reducir a la vida civilizada a esa multitud de hermanos desdichados?

²³ Firman este informe los señores Ricardo Núñez, J. M. Vargas, Ruperto Ferreira y Nicolás José Casas. Registramos con satisfacción los nombres de estos cristianos y patriotas exploradores.

El gobierno, cuya misión es velar por el bien de los asociados, ¿qué ha hecho en este sentido durante casi un tercio de siglo? Vergonzoso es decirlo: con sus inicuas medidas, con su abierta oposición al catolicismo, con la expulsión de las órdenes religiosas, con su criminal indiferencia no ha hecho otra cosa que oponer una muralla al soplo civilizador del cristianismo; porque es necesario confesar que, fuera de él y sin la abrasada caridad de sus celosos y abnegados ministros, las misiones son una mera utopía o un problema sin solución.

Por fortuna hoy, cambiado el aspecto de las cosas, tenemos un gobierno emprendedor, que ha entrado decididamente por la única vía que conduce sin extravío al anhelado término de la felicidad de los pueblos, llevando grabado en sus enseñas victoriosas el mote gloriosísimo de “libertad en el orden”, y por consiguiente en la que es fuente única de este elemento esencial de la sociedad, es decir, del orden, fruto exclusivo y espontáneo de la religión del Crucificado.

La iglesia no aspira a tiranizar, ni avasallar a los gobiernos, ni a absorber en sí ningún poder que no le haya legado su divino Fundador; sólo quiere libertad de acción para obrar el bien. Así, pues, apenas cambiaron las instituciones que se oponían a sus miras bienhechoras, se ha apresurado a procurar el pronto establecimiento de las misiones en esas olvidadas comarcas, hasta donde la solicitud del gobierno cesante no creyó deber extenderse por la sola razón de que únicamente la Iglesia era capaz de poder convertir en hombres y en útiles ciudadanos a los embrutecidos seres que vagan por sus florestas, sin casi otra seña que los distinga de sus fieras salvajes, que la figura humana y la aptitud para llegar a ser algún día racionales.

Pronto veremos a los operarios evangélicos acometer la ardua, gigantesca labor de catequizar a los incultos moradores del Caquetá y aumentar el rebaño de Jesucristo con esas hordas hasta hoy abandonadas en presa a la tiranía del vicio y de la ignorancia. Cuando apóstoles como el ilustrísimo señor Ignacio Velasco empuñan el cayado de pastor, que es el emblema de la caridad, la parte más desgraciada del rebaño no puede quedar desatendida. En efecto, tiempo ha que viene bullendo en su mente la filantrópica idea de la regeneración moral del Caquetá. A él, pues, y a la Compañía de Jesús será los primeros a quienes les queda la alta gloria de dar principio a esta empresa sobrehumana, que quiere ejecutores revestidos de la sublime abnegación, que sólo tienen los que militan bajo las banderas del divino Mártir de calvario. El reverendo Padre E. Sebastiani, atleta infatigable de la hueste de Cristo, que ha pasado su

vida sepultado en los bosques del Napo, después de recorrer varios pueblos, se halla actualmente en el de Santiago, combatiendo las preocupaciones y los vicios que lo devoran; única y triste herencia que les ha dejado la multitud de comerciantes, que han invadido esas comarcas. Triste es por cierto ver estrellarse las miras elevadas de este soldado de la idea católica contra obstáculos casi invencibles. Sabemos positivamente que es muy poco el fruto que ha sacado de su difícil peregrinación; el elemento corruptor está entre ellos y, mientras no desaparezca por completo, esos pueblos desgraciados irán cada día adelantando más y más por el camino de la corrupción. ¡Quién lo creyera! los mismos que debían coadyuvar a los esfuerzos del misionero son los que hacen inútil su sacrificio. Parece exageración, pero es evidente; los blancos, a quienes la idea del lucro ha conducido a esas regiones y que se precian de ser hijos de ciudades cultas y civilizadas, han introducido entre ellos la anarquía, la irreligión y los vicios más repugnantes y, para satisfacer pasiones mezquinas, han impulsado a los naturales a un estado de casi completa barbarie.

No tardará mucho en llegar a esta ciudad el reverendo Padre Soberón y, unido con el Padre Sebastiani, se internarán en el Caquetá a buscar las tribus que menos contacto hayan tenido con los blancos; pues si bien aquellas son bárbaras y en extremo corrompidas, no tienen los vicios que la civilización mal entendida introduce en el corazón del hombre, tanto más difíciles de exterminar cuanto más trabajoso es quitar la causa que los produce.

El apoyo del gobierno será de mucha importancia en esta empresa evangélica y salvadora; pero si quiere contribuir de un modo directo al desarrollo de la civilización entre esa raza desgraciada, si quiere que las misiones produzcan los efectos sorprendentes que en época no muy remota produjeron en las por siempre memorables reducciones del Paraguay, debe dejar a los misioneros en completa libertad para establecer el régimen civil, que la prudencia de los mismos juzgue más conveniente al estado de civilización naciente de los pueblos que catequicen y reduzcan a la vida social, hasta que, más desarrollados entre ellos los gérmenes del orden y del respeto a la autoridad, se hallen en estado de soportar el freno de las leyes generales. Mientras tanto debe dejar que la religión obre con absoluta independencia su conquista, para que no muy tarde los resultados económicos de una inmensa región, puesta en vía de la civilización, le recompensen con usura de tan prudente conducta.

Por lo que hace a la Goajira, visitada por el señor

Isaacs, debemos referirnos a lo que en repetidas representaciones han expuesto el ilustrísimo señor Romero, obispo de la diócesis, y el señor Celedón.

Los trabajos de este varón apostólico, aunque fructuosos en reducido campo, han sido desiguales a la empresa, y no ciertamente por falta de consagración, de celo, ni de “virtudes eximias”; sólo que no basta a inmensa mies un solo operario. La diócesis de Santa Marta es pobrísima y han faltado los recursos para mantener el seminario de misiones establecido por el señor obispo.

Entre tanto los judíos holandeses de Curazao se han adueñado del comercio de Riohacha, y con esta llave han monopolizado el de la Goajira, explotando a aquellos indígenas sin llevarles en cambio ningún principio de cultura social. ¡Ojalá que los daños que causan esos despiadados traficantes se redujesen a la corrupción del nativo idioma, único perjuicio que deplora el señor Isaacs!

M. Eduardo Drummond, en su reciente libro *La France juive*, una de las obras más ruidosas de los tiempos modernos ²⁴, describe con datos y pruebas irrecusables las artes de que se valen los israelitas para apropiarse los bienes de los cristianos, a vasallar los gobiernos, inspirar mal el periodismo y desterrar a Cristo de las escuelas y demás instituciones públicas; invasión financiera y antisocial que demanda severas leyes represivas, si la Europa, que repelió el islamismo armado, no ha de resignarse a esta sorda y más ignominiosa conquista.

No sospecha acaso M. Drummond que las adjudicaciones del pueblo israelita van en América aun a las tribus indígenas explotables.

Para reprimir los abusos de los judíos antillanos, el gobierno de Venezuela ha dictado providencias eficaces; y el Consejo Nacional de Colombia ha autorizado al gobierno para imponer un gravamen adicional de treinta por ciento

²⁴ ¡Había alcanzado en pocos meses ciento veinte ediciones! Se ha publicado como complemento *La France juive l'opinion*, y se anuncia como próxima a salir *L'Europe juive*.

Sobre las mercaderías procedentes de las Antillas (Ley 8ª de 1887, artículo 6º).

Esperamos que esta disposición protectora no ha de quedarse escrita.

IV
EL SEÑOR ISAACS Y LAS MISIONES

Era natural que el visitador de la Goajira se inspirase en los mismos sentimientos en que han sabido inspirarse los exploradores del Meta, que propusiese el mismo UNICO REMEDIO EFICAZ que éstos proponen para Casanare, lo mismo que el señor Bucheli recomienda para el Caquetá, lo que el ilustrísimo Romero y el señor Celedón piden para la Goajira misma: y en cuanto a protección del comercio goajiro contra el monopolio judaico, algo análogo a lo acordado por el Consejo Nacional.

En su Introducción dice el señor Isaacs:

Y así sucederá si el gobierno de la nación y hombres ilustrados, honrándola y sirviéndola positivamente, acogen *las indicaciones que al efecto haré en algunas de estas páginas* y adoptan *los medios que me he decidido a indicar con el fin de que todo se lleve a la práctica*. No siempre han de gastarse y perderse las fuerzas vitales y creadoras del país en luchas atroces, odios, escepticismo y desalientos que lo aniquilan y afrentan; ni siempre la barbarie, alardeando de autoridad y cultura, ha de ser estorbo, saña, celo parroquial en comarcas de la republica que importa y urge estudiar, y que exigen protección efectiva y civilizadora.*

¿Y cuáles son esas *indicaciones* y esos *medios*?

El señor Isaacs, que es poeta y ha visto con sus ojos y palpado con sus manos las huellas veneradas de aquellos héroes a quienes, como dice muy bien De Maistre, “la antigüedad habría divinizado”, no puede en alguna ocasión resistir a la santa tentación de ensalzar a los misioneros.

* [*Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena, en Anales de la Instrucción Pública*, tomo VIII, Pág. 179] N. del E.

Pero este generoso sentimiento se resfría de pronto y degenera en diatriba; este noble impulso se interrumpe bruscamente y toma mala dirección, por el odio no disimulado que el señor Isaacs abriga hacia el clero católico. Ora elogia a los antiguos misioneros, para afirmar que no han tenido sucesores (¿de quién es la culpa, si eso es cierto?), y deprimir a los actuales escasos evangelizadores; ora se burla de las *supersticiones* de los catequistas; ya propone que vayan a domesticar las tribus salvajes los arqueólogos, los etnógrafos, los filántropos, los misioneros, todos juntos, y los misioneros en último lugar, y no misioneros cualesquiera, sino los que el señor Isaacs apruebe; el encomio, el vituperio, la burla, la duda, la desesperanza absoluta, todo va mezclado allí, y el señor Isaacs al fin y al cabo nada propone, ni sabe a derechas qué debe proponer al gobierno.

¡Triste y deplorable consecuencia de la fe perdida!

Transcribamos imparcialmente del señor Isaacs algunos pasajes íntegros relativos a lo que debió ser primordial objeto de su *Estudio* sobre las tribus indígenas del departamento del Magdalena.

Aparte de los trabajos de biógrafos y naturalistas competentes —no aventureros y embaucadores, sino *idóneos de veras*—, la obra en los territorios ocupados por tribus salvajes no sólo pide administradores cultos y filántropos y labor de etnógrafos y arqueólogos; requiere *misioneros de aptitudes probadas, de virtudes eximias, de mansedumbre y perseverancia admirables*. Suponíamelo así antes de estudiar las tribus del Estado del Magdalena, pero aún vacilaba; después no. Ellas son la sangre rica y sana de aquella región de Colombia, son germen valiosísimo y obligado de toda prosperidad allí; y un absurdo y caro sistema de administración, socialiñas fiscales, torpes abusos, vicios que los mercaderes importan y estimulan, — las irritan, las embrutecen y las envenenan. Si no se acude muy pronto a combatir el mal, transcurridos cuarenta o cincuenta años casi toda la antigua provincia de Santa Marta será desierto temible, dominio de indígenas ya implacables y feroces.

La cordillera oriental del Valledupar, que desde 1846 es refugio del resto de los itotos, tupes y yukures reunidos, y su posición terrible —todo a causa de las crueldades horribas cometidas entonces por los *civilizados* en la llanura de Casacará está mostrando que

no exagero en el pronóstico. Y la suerte que hoy se les puede augurar a otras regiones de la Unión habitadas por valerosas tribus aborígenes, no es mejor.*

A San Luis Beltrán, cuya biografía debió trazar aunque fuese a grandes rasgos el señor Isaacs²⁵, escatímale este explorador el título de SANTO, y sólo lo cita, como queda dicho, para interpretar torcidísimamente una marca de ganados y para deprimir a otros misioneros.

En las planchas llamarán la atención las figuras de los números 2, 4 y 7; las dos primeras fueron tomadas en la piedra de Kaukamakué, y la última al oriente del sitio donde están las ruinas de la antigua Valencia de Jesús. El signo marcado con el número 7 es obra relativamente moderna y, por la inicial que tiene en su base, he inferido que lo grabó Fray Luis Beltrán, evangelizador en las tribus de la Sierra Nevada por los años de 1563 a 68, como Fray Luis de vero en Maracaibo y la Guajira, sacerdotes de eximias virtudes y loable abnegación, *nunca imitada por otros de la diócesis de Santa Marta*: demuéstalo así la historia sería, prescindiendo de los encomios desautorizados que les prodigó a muchos en su *Floresta* don José Nicolás de la Rosa, y ames Fray Alonso de Zamora, cronista de sano criterio en casi todo lo demás, y de altas dotes.**

Ya se observó que la maligna bastardilla de la frase — *nunca imitada por otros de la diócesis de Santa Marta*, es rasgo original del señor Isaacs.

¿Por qué mezclar al elogio, y al elogio que se hace de paso interpretando soñados *jeroglíficos*, una envenenada censura? Si un explorador como el señor Isaacs hubiese escrito en los tiempos en que evangelizaba San Luis Beltrán, calumniado no una vez sola por algunos de sus contemporáneos, habría recordado probablemente las virtudes de los tiempos apostólicos *nunca imitadas en el siglo XVI*, o cosa semejante.

San Luis Beltrán tuvo por teatro de sus labores evangé-

* [Idem], N. del E.

²⁵ Puede verse en la importante obra *La Iglesia y el Estado* de don Juan P. Restrepo.

** [Idem, págs. 298-299]. N. del E.

licas a Panamá y a Santa Marta, pero no era *sacerdote de la diócesis de Santa Marta*, sino sacerdote y religioso natural de Valencia en España.

Si el señor Isaacs tenía empeño en establecer odiosas comparaciones, ha debido decir que las virtudes eximias y loable abnegación de San Luis (o Fray Luis) Beltrán *nunca fueron imitadas por otros sacerdotes de la arquidiócesis de Valencia*; o bien que nunca lo fueron por otros EN (no DE) la diócesis de Santa Marta.

La confrontación que hace el señor Isaacs no es lógica, y sólo se alcanza a descubrir, en la bastardilla con que acentúa su pensamiento, la intención de zaherir al doctor Celedón, virtuosísimo y sabio sacerdote de la diócesis de Santa Marta, que ha consagrado largos años de su vida a catequizar a los goajiros y que ha escrito una *Gramática* completa de la lengua que hablan aquellos indígenas.

El señor Isaacs, explorador de la Goajira, ha debido consagrar extenso recuerdo a San Luis Beltrán; y de las ciento sesenta y siete largas y condensadas páginas de su *Estudio sobre las tribus indígenas del Magdalena* pudo también escribir una de ellas, o algunas líneas, o una frase siquiera, en elogio del benemérito *sacerdote de la diócesis de Santa Marta*, evangelizador de la Goajira, señor don Rafael Celedón²⁶.

Los términos en que el señor Isaacs habla de las misiones se dan la mano con su olvido absoluto del cristianismo en sus conversaciones con los indígenas. ¡No se necesita ser sacerdote para ejercer la obra de caridad de enseñar al que no sabe, anunciándole la buena nueva de la Redención! Los naturales de aquellas regiones comunicaron al señor Isaacs noticias de sus creencias y tradiciones, sin

²⁶ Colombianos y aun extranjeros que no han sido exploradores de la Goajira, han hecho lo que el señor Isaacs ha omitido. Pueden verse rasgos biográficos del señor Celedón en los *Anales Religiosos* y en el *Papel Periódico Ilustrado** de Bogotá, en el *Freeman's Journal* de Nueva Cork, etc.

* [FLORENTINO GOENAGA, *Rafael Celedón en Papel Periódico Ilustrado*. Año V, núm. 101, 1° de octubre de 1886, Págs. 66-67] N. del E.

que el señor Isaacs en cambio les hiciste participes de la luz del cristianismo; por manera que ellos aparecen como adoctrinadores y él como mudo catecúmeno.

En el punto de vista científico la filología de lenguas bárbaras les debe todo su caudal a los misioneros. El interés de estudiar esas lenguas se ha subordinado siempre al de enseñar a los que las hablan la doctrina cristiana. Sin este móvil religioso ¿quién se hubiera tomado la molestia de estudiar seriamente la jerga de los salvajes? ¿Quién el de escribir gramáticas y vocabularios? ¿Ni quién habría pensado en establecer, como las tuvieron los jesuitas en Bogotá, cátedras de tales idiomas iliterarios? ¿No era a mas natural, más fácil, despreciarlos altamente y contribuir a su extinción, persiguiendo a las tribus mismas que los hablaban? La condescendencia de estudiar el habla del salvaje no era, ni ha sido, ni será nunca, efecto de impulso natural, sino obra de la gracia. Nadie va a tratar con salvajes por puro amor a la ciencia del lenguaje; ningún filólogo visita a las tribus bárbaras por el gusto de tomar los materiales de primera mano.

Aun para transmitir estos materiales a los filólogos que “en la blandura y grato calor del gabinete”, según la frase del señor Isaacs, se entregan a sus lucubraciones favoritas, necesitase de un intermediario religioso. Fuelo, a principios de este siglo, el sabio jesuita Hervás y Panduro, que en su *Catálogo de las lenguas* recopiló los datos científicos obtenidos con fines evangélicos por los laboriosos misioneros, y echó, por confesión unánime de todos los filólogos, la primera base de la ciencia moderna de la filología comparada.

El misionero aprende las lenguas bárbaras para catequizar al salvaje; el filólogo estudia los datos que el misionero le proporciona para descubrir semejanzas, indagar orígenes y comprobar leyes lingüísticas. Ninguno de ellos tiene, como manifiesta el señor Isaacs tenerlo, interés particular en conservar *la pureza de un idioma* que no ha alcanzado, ni lleva trazas de alcanzar nunca los refinamientos de las lenguas literarias y clásicas; — tronco rudo que no da flores.

El empeño que ha puesto el señor Isaacs en tomar notas filológicas del idioma de los goajiros, ya provenga de amor puro a la ciencia del lenguaje, ya se enlace con el mal encaminado propósito de corregirle la plana al eclesiástico autor de la *Gramática y vocabulario de la lengua goajira*, es, de un modo u otro, caso excepcional en la historia de este género de investigaciones²⁷.

VII EL SEÑOR ISAACS Y LOS HISTORIADORES

Castellanos, cura de Tunja, el bogotano Oviedo y Baños, historiador de Venezuela²⁸, el dominicano Zamora, el

²⁷ En 1882 publicaba el *Diario Oficial* una comunicación en que el señor Isaacs, secretario de la Comisión Científica, hacía mérito del fruto de su exploración en estos precisos términos: “Del 27 del mes próximo pasado al 18 del que cursa he permanecido en las regiones occidental y meridional de la Guajira... He aquí algunos de los temas de mis observaciones: errores numerosos, incontables, del presbítero Rafael Celedón y del señor Ezequiel Uricoechea, en cuanto escribieron sobre el lenguaje guajiro” etc.

Los *incontables* errores de la *Gramática goajira* de Celedón, descubiertos por el señor Isaacs en pocos días (fácilmente contables, pues fueron apenas veinte o veintiuno) de excursión por el territorio goajiro, han quedado reducidos a los breves pedantescos reparos que transcribimos en uno de los capítulos de este artículo, publicados en el anterior número de *El Repertorio*.*

Después de impreso aquel número, hemos visto una extensa y concluyente contestación al señor Isaacs, remitida por el señor Celedón a los *Anales de Instrucción Pública*. En esta réplica el docto sacerdote examina y refuta cada cargo y explica satisfactoriamente todos los puntos. Pero lo que en ella más admira y edifica es la caridad con que el señor Celedón paga mal con bien, tomando a buena parte la crítica del señor Isaacs, elogiándole en lo que cree que merece elogio y callando respecto a los gratuitos agravios que le ha irrogado el citado explorador. Léase el *Estudio* de uno y la *Réplica* del otro; *ex fructibus eorum cognoscetis eos*.

* [*El darwinismo y las misiones*, III: *La filología pedantesca*, en *El Repertorio colombiano*, XII, febrero de 1887, págs. 471-476. Ver Págs. 1056-1061 de este tomo]. N. del E.

²⁸ Su valiosa *Historia* acaba de publicarse en dos tomos de la *Biblioteca de Americanistas*.

obispo Piedrahita, los jesuitas Cassani, Gumilla, Rivero... en suma nuestros historiadores y cronistas fueron en su mayor parte, si no todos, eclesiásticos, lo mismo aquí en Nueva Granada que en las demás colonias española. Aquellos libros históricos se recomiendan por la buena fe y el candor de sus autores, por el cúmulo de noticias que contienen, y algunas veces por el método, por la limpieza de estilo y otras condiciones literarias. Lejos de desmerecer, hoy son más apreciados que nunca; las ediciones ya raras, que de ellos se hicieron, alcanzan en Europa subidos precios, y al mismo tiempo se reimprimen por ilustrados editores²⁹. Hablar con desprecio de nuestros historiadores, negándoles confianza porque eran eclesiásticos, es una aberración que no tiene disculpa.

Hablando de ciertas tradiciones indígenas relativas al diluvio, y después de transcribir las que recogió Humboldt, añade el señor Isaacs:

Aun suponiendo que Pedro de los Ríos, religioso dominico, alterara la tradición hasta cierto punto y a su amaño, *como ha sucedido con muchas de este género* AL ESCRIBIRLAS SACERDOTES CATOLICOS, siempre quedará lo esencial de la leyenda que referían los indígenas de Cholula en 1566.*

Aun suponiendo — dirémosle a nuestra vez al señor Isaacs— que los *sacerdotes católicos*, por ser tales *sacerdotes católicos* (pues el señor Isaacs no aduce otra razón) fuesen capaces de, o inclinados a, falsificar la historia, debieran de falsificarla en los puntos en que algún interés los moviese a ello. Teníanlo, y muy santo, los misioneros en acabar con ídolos de aquéllos que hoy se conservan en los museos como curiosidades, pero que entonces eran objeto de inmundo o sangriento culto; lo tenían asimismo en borrar de la mente de los indígenas las detestables supersticiones que abrazaban y en ilustrarles con la fe católica. Pero los

²⁹ véase el catálogo de Maissonneuve (editor de las obras de Celedón), y la *Biblioteca de Americanistas*, ya citada, que publica en Madrid el inteligente editor don Luís Navarro.

* (*Anales de Instrucción Pública*, VIII. pág. 329]. N. del E.

cronistas que en sus libros referían aquella tradiciones no tenían interés alguno en desfigurarlas a *su amaño*, ni nadie ha supuesto que lo tuviesen.

El único interés que podríamos suponer en los cronistas eclesiásticos sería el de encontrar semejanzas entre las tradiciones indígenas y los primitivos dogmas de la religión relevada. Pero aquel pensamiento del canciller Bacon, después muchas veces repetido, que la revelación primitiva se ha transmitido y se conserva y centellea, envuelta en sombras y mentiras, en los pueblos más supersticiosos, era desconocido de los eclesiásticos que vinieron a la conquista o que escribieron historias de Indias. Ellos eran profundamente religiosos, enemigos de sutilezas filosóficas, cándidos y fieles en sus narraciones. Ellos establecían absoluta distinción entre la fe cristiana y las supersticiones idolátricas de todo linaje. En éstas sólo veían sugerencias diabólicas, ayudadas (como observa Piedrahita) por la fantaseadora ignorancia. La confrontación de unas tradiciones con otras, el empeño en descubrir su recóndito sentido filosófico o teológico, ha sido obra de la crítica, posterior a la crónica. Pedro de los Ríos consignó la tradición del diluvio, que conservaban los indígenas de Cholula, como la oyó y la supo, sin pensar en que hubiese de confrontarse con otras tradiciones para interpretarla sagazmente. Es el señor Isaacs el que compara las tradiciones de la provincia de Santa Marta con las de México, y el señor Isaacs quien se da a cavilar sobre varios puntos, según queda dicho, tan *a su amaño*, que más que intérprete semeja adivino.

Raras, rarísimas son las interpretaciones que se hallan en nuestros historiadores, y no ciertamente en los cronistas primeros, sino en escritores de época posterior, como lo fue Piedrahita respecto de Castellanos; interpretaciones, por otra parte, no relativas a teorías fantásticas, sino a *hechos* de interés cristiano, posibles, aunque improbables o inciertos.

Fundados en la tradición constante (que el mismo señor Isaacs registra como viva aún, pág. 301) de haber venido a Indias de ultramar en remotos tiempos ciertos hombres barbados, que predicaron, hicieron milagros y luego desapa-

recieron, recordando que los Apóstoles se derramaron sobre la haz de la tierra y llegaron a las más apartadas regiones, y rastreando otras memorias oscuras, imaginaron algunos que a estas comarcas pudo venir San Bartolomé, Santo Tomás u otro apóstol; pero no consignan esta hipótesis como un hecho comprobado, sino como una inducción por ellos discurrida como posible y que en nada altera la verdad y pureza de sus narraciones.

Véase el pasaje de Piedrahita relativo a este punto:

... siendo cierto (como lo es) que no hubo parte en el mundo donde no resonasen las noticias del Evangelio, divulgadas por los discípulos de Cristo Nuestro Señor, que para este efecto se dividieron por todo el universo predicando su doctrina; y siendo tan corriente en *los autores modernos* (a que dieron luz los antiguos), que entre las demás partes en que predicó el bienaventurado apóstol San Bartolomé, fue una de ellas ésta de las Indias occidentales, *es muy verosímil* que el Bochica, de quien hacen esta relación, fuese este glorioso apóstol, y, con la antigüedad del tiempo y falta de letras o jeroglíficos para escribir y estampar sus acaecimientos, variasen de suerte las noticias de ellos en las memorias de unos a otros (que son los libros históricos que tenían), que de un suceso verdadero, hayan fabricado una fábula tan llena de *los errores que van referidos...**

Como se ve, el escritor distingue el hecho que juzga *verosímil* de los *errores* que deja fielmente referidos.

Jugando del vocablo contra los ilustrísimos, había dicho el señor Isaacs, en otro lugar, que “el ilustrísimo Piedrahita fue *verdaderamente ilustre*”.** Como que, después de estampar este gracejo, le pareció tal vez excesiva la concesión que hizo, aun reducido el superlativo a positivo, y, al comentar el pasaje que dejamos transcrito, se explica así:

A pesar de estas lucubraciones por el estilo, calificué de verdaderamente ilustre al obispo Piedrahita, y de tal elogio no me

* [Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada, libro, I, capítulo 3]. N. del E.

** [Estudio, en Anales de la Institución Pública, VIII, pág. 272, nota 34]. N. del E.

arrepiento, porque bastante fue que en muchas materias escribiera como lo hizo en su época y bajo el influjo de la *educación sacerdotal que recibió*.

La historia de la Provincia del Nuevo Reino por Fray Alonso de Zamora (añade el señor Isaacs) abunda en disertaciones semejantes, y el capítulo XVI del libro II fue destinado especialmente a ella.*

En otra parte había dicho el señor Isaacs que “Zamora es cronista de sano criterio *en casi todo lo demás*”.** Si se vuelve a leer el pasaje, se advertirá que todo *lo demás* es aquello en que el diligente y docto cronista no tributa “desautorizados encomios” a los misioneros. Ahora se ve que Piedrahita fue *ilustre* y Zamora tuvo *criterio sano* a despecho de la *educación sacerdotal (eclesiástica, quiso decir)*, esto es, a pesar de haber sido hombres virtuosos, creyentes e instruídos en todo género de disciplinas. ¿Pensará el señor Isaacs, con Rousseau, que el estado salvaje es el estado natural y que la cultura cristiana es una degeneración?

Trae también el señor Isaacs el siguiente pasaje de la *Nueva floresta de Santa Marta**** de Nicolás de la Rosa, libro más reciente no escrito por eclesiástico y hartó inferior a nuestras crónicas e historias más generalmente conocidas:

El reverendo Padre Fray Silvestre de la Bata, religioso capuchino, misionero de los indios de nación goajiros de la provincia del Río de la Hacha, y comisario de aquella misión, me asegura que habiendo atravesado toda la Sierra Nevada, en que habitan hoy los indios de nación *aurohuacos*, y llevando en su compañía a algunos de ellos, llegó a un paraje en que halló estampada en una piedra grande una huella de un pie descalzo, y que, por la tradición antigua de que anduvo por esta América el apóstol Santo Tomás, venero por suya la huella, arrodillándose a oscularla; y que los aurohuacos le dijeron, burlando su adoración, que aquella señal era del pie de alguno de sus antiguos, y replicando el padre que ¿cómo podía imprímese en la piedra pie que no fuese de algún santo? le respondieron que cuando nace la piedra está blanda como jabón

* [Idem, pág. 340]. N. del E.

** [Idem pág 299]. N. del E.

*** [Libro I, capítulo v, 4]. N. del E.

y después se va endureciendo poco a poco; y así, no dudase era pie de indio que pasó por sobre la piedra cuando estaba blanda... Muchas opiniones hay de ser esta huella de San Luis Beltrán, fundadas en que pasó por allí dando *las primeras voces* del Evangelio, y por eso lo he puesto en este lugar... Quédese esto en la piadosa opinión...

Comentario del señor Isaacs:

... donde copié las pictografías que van con los números 89 y 90, Fray Silvestre de la Bata habría tenido que oscular ocho pies y no uno, entre ellos algunos de niño y de mujer, circunstancia bien capaz de sugerirle versión mística muy diversa. Tengo la certidumbre de que en un viaje más detenido o convenientemente despacioso por las regiones de la Nevada, me hubiera sido posible agrandar la colección de signos y emblemas que tomé de las rocas.*

Comparemos y analicemos.

La relación que hace La Rosa, con referencia al Padre La Bata, es sincera; el misionero capuchino no ocultó, ni tampoco La Rosa, la explicación natural que los indígenas daban de un hecho que la Bata estimó milagroso y cuya explicación verdadera no da el señor Isaacs. Además La Rosa consigna en calidad de mera *opinión piadosa* la de que aquella estampa de pie humano fuese de un apóstol primitivo o de San Luis Beltrán; y ya se sabe lo que significa *opinión piadosa*: opinión fundada en un piadoso sentimiento y no en principios dogmáticos ni en comprobantes históricos.

Vamos al comentario. En primer lugar, una cosa es huella de pie humano estampada en una piedra y otra cosa figuras de pies humanos (o que se suponen tales) dibujadas en una roca. Si el señor Isaacs con su altivez filosófica no se hubiera arrodillado a besar huella ninguna de pie humano, el Padre La Bata, en su humildad religiosa, no se hubiera encaramado con el señor Isaacs a venerar en la

[Anales de Instrucción Pública, VIII, págs. 341-342]. N. del E.

roca Seukuka los lineamientos de pies humanos que el explorador respetuosamente denomina SIMBOLOS.

En segundo lugar, las "pictografías" números 89 y 90 son tan toscas e informes como la célebre figura número 12, y concediendo de buen grado que representen pies humanos, no sabemos por cuál oculto rasgo ha podido distinguir el señor Isaacs que unos son pies de niño (no de niña), otros de mujer, otros de hombre; y como en esta distinción, verdaderamente supersticiosa, se funda toda la malignidad del comentario, el crítico epigramático clava su aguijón y muere.

Si el señor Isaacs fuese un Champollion, habría dedicado todas sus potencias a examinar los vestigios enigmáticos de tribus americanas, y no tomaría la pluma de Voltaire³⁰ para cebarse en la piadosa equivocación de un olvidado misionero, que paso la vida en medio de los salvajes haciendo el bien, sin alardes científicos, en la medida de sus facultades; hombres, si de escaso entendimiento, de voluntad generosa y de ardiente caridad.

La verdadera ciencia es benévola.

Y he ahí todo lo que piensa y dice nuestro explorador respecto de los misioneros y de los historiadores eclesiásticos, es decir, de los más conspicuos representantes que en anteriores siglos tuvieron en nuestro país el heroísmo cristiano y la cultura literaria.

VIII

CONFUSION DE IDEAS Y SENTIMIENTOS DEL SEÑOR ISAACS

Hay que tomar al hombre en la integridad de sus facultades y reconocer en ellas la jerarquía sabiamente establecida por el Creador.

El hombre entiende, siente y quiere.

³⁰ Tomamos a Voltaire como tipo del hombre que se ríe de las cosas santas. Pero en este caso particular la comparación puede ser injusta para Voltaire mismo, que, como queda dicho, tributó homenajes de respeto a los misioneros.

Las doctrinas son superiores a los sentimientos y los regulan. Si la razón se ofusca, la voluntad no tiene norte, se extravía y obedece a la ciega pasión.

Sobre el sentimiento aislado nada sólido, nada permanente, nada que inspire confianza puede fundarse.

Tampoco podemos razonablemente esperar nada bueno del sentimiento, si obedece a una doctrina errónea.

Rousseau estaba dotado de exquisita sensibilidad, de benevolencia universal o panfilismo, que el siglo XVIII puso en moda. Sin embargo, falto de doctrina que le guiara, enviaba sus hijos a la inclusa, y en vez de aliviar la desgracia, cerraba los ojos para no ver escenas que conmoviesen sus nervios y evitar sensaciones desagradables.

Robespierre era un filántropo; se estrenó escribiendo contra la pena de muerte, se apasionó por la guillotina y ha quedado en la historia como el tipo del filántropo asesino.

El cristianismo armoniza las facultades del hombre; ilustra su razón, mueve su voluntad, ordena sus sentimientos.

La filantropía es el sentimiento de la benevolencia, expuesto a todo viento de doctrina, en la noche de la incredulidad.

La caridad es el corazón limpio, guiado por una razón iluminada de lo alto.

La filantropía no hará jamás los milagros de la caridad; los filántropos no serán jamás misioneros.

Condorcet, mal contento con la *grosera vergonzosa superstición* de los misioneros católicos que evangelizaron el Asia y la América, prometió que “los filósofos se encargarían incesantemente de la civilización y la felicidad de las naciones bárbaras”³¹.

Este pronóstico no se cumplirá jamás, porque adolece de imposibilidad moral. En el siglo XIX hay muchos incrédulos, pero nadie tan necio que se atreva a repetir la enfática promesa del patriarca del “progreso indefinido”.

El verdadero filósofo reconoce que la fuerza del misionero es un poder sobrenatural.

El político entendido no examina la esencia de este poder maravilloso; lo admite como un hecho experimental y de él se aprovecha, como del más eficaz medio para propagar la civilización.

Con el criterio *seleccionista* mismo, si conservamos lo que encierra de verdad, si lo despojamos de su materialismo grosero y lo espiritualizamos, tendremos motivos para admirar la fuerza triunfal del misionero.

El error darwiniano, como todo error, envuelve una verdad incompleta y trunca. Nadie ha negado que las criaturas viven en guerra. Nadie ha negado tampoco que el fuerte domina al débil. Ni ha habido quien con pluma tan vigorosa y colores tan vivos como lo pintó De Maistre, tantas veces citado, haya descrito el estado de guerra permanente que ofrece el espectáculo de la naturaleza. Pero los darwinistas incurren en el error de inferir de los triunfos de la fuerza un estado convencional de trasformismo, que los hechos no comprueban, y luego en el de contemplar sólo lo material, prescindiendo de las fuerzas morales y del poder sobrenatural, sin el cual la historia del género humano no tiene explicación posible.

El bien y el mal también son fuerzas que *pugnan por la vida*, según la frase darwiniana. El mal triunfa naturalmente sobre el bien; pero el bien sobrenaturalmente vence al mal. Jesucristo *no trajo paz sino espada*; * pero a los suyos *dejó su paz*; ** es decir, que los destinó a la guerra, dándoles por arma la mansedumbre, enviándolos *como corderos en medio de los lobos*.*** La virgen cristiana, arrojada a las fieras en el circo, sucumbía materialmente, pero de allí se alzaba radiante y con aureola y palma de vencedora pasaba a los altares, donde hoy mismo le tributamos homenajes. El elemento sobrenatural, incorpóreo, pero poderoso como

* [Matth., 10, 34]. N. del E.

** [Ioan., 14, 27]. N. del E.

*** [matth., 10, 16]. N. del E.

¹² *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain.*

el calórico o la electricidad en el orden físico, impele al hombre, trasforma a la sociedad y lo vence y domina todo. Este es el milagro del cristianismo. *Ego vici mundum*.

El misionero es la personificación de la debilidad física armada de fuerza sobrenatural; en él se realiza la invención mitológica de las armas *encantadas*.

La autoridad civil, instruida por Dios para proteger el bien contra el mal, debe proteger a este agente sobre natural de la causa del bien.

Por esto los gobiernos, aun los no católicos, si consultan el bien social, protegen las misiones católicas³²; y como ellos no tienen poder para *crear* instrumentos y sólo les compete *escogerlos*, fomentando las misiones católicas las admiten tales como ellas son, con todo lo que les es esencial, con el acompañamiento de todo aquello que los enemigos del cristianismo denominan *supersticiones*.

Ahora bien, para admitir, recomendar y proteger las misiones, tales como ellas son, se requiere, ya que no abrazar abiertamente la verdad, no estar uno aferrado al error; ya que no amar ardientemente el bien, al menos tributar culto a la justicia; —en una palabra, no inspirarse en el odio, abstención por donde principia la caridad. *Virtus est vitium fugere*.*

El señor Isaacs abraza nobles sentimientos, pero, extrañadas sus ideas, se amortigua su benevolencia y no acierta a disimular los tristes odios que concibe; *sólo una vez* (pág. 179) recomienda las misiones, pero esa sola vez con condiciones y reservas que desvirtúan del todo su recomendación, y a cada paso asoma luego la mala voluntad que profesa al clero católico, al plantel donde se forman los anunciadores del Evangelio, cuyos pies bendice el Señor.

Quien profese la doctrina materialista y abrigue formalmente mala voluntad hacia la Iglesia de Cristo, no cabe que

³² Catalina de Rusia decía: “La fuerza bruta no convence; solo la educación convence, y los jesuitas educan a mi satisfacción”. Napoleón menospreciaba el poder militar sobre los cuerpos, comparado con el poder evangélico que se ejerce sobre las almas.

*[HORAT. *Epistularum* I, I, 41]. N. del E.

recomiende las misiones; ése, en la lógica del error, o volverá a la desacreditada utopía de Condorcet, o mirará la pugna por la vida de las razas humanas con la indiferencia científica con que contempla el conflicto entre las diversas razas de animales, que, devorándose unos a otros, progresan en sucesivas selecciones en el curso de interminables edades.

Según la doctrina materialista que profesa sin rebozo nuestro explorador darwiniano, el hombre es descendiente de animal, animal como cualquiera otro, e inferior a otras especies que vendrán con el tiempo; criatura sin alma ni destinos inmortales, sometida a la ciega evolución de la inexorable naturaleza.

Al trágico destino de los griegos divinidad sorda y misteriosa pero inmaterial, sustituyen los darwinianos otro destino minúsculo, prosaico y literalmente *brutal*.

Por manera que el señor Isaacs no acertaría a dar expansión a ninguno de los nobles sentimientos sembrados en su corazón por la naturaleza y cultivados por su cristiana madre, sin incurrir en patente contradicción con las siniestras doctrinas que han hecho asiento en su cabeza.

Vuélvase a leer el trozo siguiente de la *Introducción*:

Si no se acude muy pronto a combatir el mal, transcurridos cuarenta o cincuenta años casi toda la antigua provincia de Santa Marta será desierto temible, dominio de indígenas ya implacables y feroces.

La cordillera oriental del Valle Dupar, que desde 1846 es refugio del resto de los itotos, tupes y yukures reunidos, y su posición terrible — todo a causa de las crueldades hórridas cometidas entonces por los *civilizados* en la llanura de Casacará —, está mostrando que no exagero en el pronóstico.*

Pues bien, señor Isaacs, tengamos la audacia de nuestras doctrinas, o el valor más generoso y meritorio de abominar de ellas si sus consecuencias son horribles y ellas, por lo mismo, falsas.

* [Anales de Instrucción Pública, tomo VIII, pág. 179]. N. del E.

¿Qué importan, dentro de la teoría darwiniana, las *ferocidades* de las tribus indígenas ni las *crueledades hórridas* de los civilizados? ¡Nada, absolutamente nada! Esas son manifestaciones de instintos naturales, igualmente legítimos, que *pugnan por la vida*.

Los economistas liberales de la escuela de Bastiat quieren que los gobiernos se crucen de brazos y contemplen impasibles la pugna de los intereses económicos. *Laissez faire*.

Los darwinianos establecen una premisa más general en el amplio campo de la biología, de que el comercio y la industria son sólo manifestaciones secundarias; crúcense de brazos los gobiernos y dejen que los conflictos de razas se resuelvan *por la libertad*. *Laissez faire!*

La detestable doctrina darwiniana y los nobles sentimientos ingénitos del señor Isaacs aparecen a veces confusa e ininteligiblemente mezclados, como se ve en el párrafo siguiente:

Los antropólogos³³ y sociólogos, que hacen diversas clasificaciones de razas, explican a su manera la victoria *inevitable* de las unas sobre las otras y la *extirpación*³⁴ o absorción de las razas vencidas. Ello será muy científico, mas la historia, que tales asertos pudiera justificar, demuestra a lo sumo que la humanidad ha estado muy distante, casi tanto en los últimos siglos como hoy, del perfeccionamiento o *selección* que alcanzará algún día, remoto tal vez. Entre tanto, a despecho de la doctrina redentora del Cristo³⁵, la

³³ ¿Por qué no *antropólogos*? ¿Y si a éstos se les llama *antropologistas*, por que no *sociologistas* a los otros? Anarquía en la pedantesca nomenclatura, reflejo de las ideas.

³⁴ Término impropio. Las razas no pueden, ni físicamente como plantas o tumores, ni figuradamente como vicios y abusos, ser arrancadas de cuajo, que eso vale extirpar. Las razas pueden ser destruídas, mezclarse, modificarse, perderse, desaparecer.

³⁵ Los cristianos no acostumbramos, en español, decir *el* Cristo, como se dice *el* Dante. Ese artículo es resabio gorgónico* y por lo mismo de moda pasada.

* [Con el nombre de *gólgotas* se conocieron en el siglo pasado los jóvenes estudiantes del Colegio de San Bartolomé de Bogotá, que se reunieron por primera vez el 25 de septiembre de 1850. Unidos después a un grupo de jóvenes profesionales, entre los que se distinguían

fraternidad humana, síntesis *de* todo progreso sobre la tierra; es una utopía.*

Destrabemos esta hibridación:

1. *Sentido cristiano*. — “Los antropólogos y sociólogos anticristianos son unos charlatanes. La historia no comprueba sus asertos: La fraternidad humana no se ha realizado aún, porque aun no se ha establecido el reinado social de Jesucristo; su doctrina redentora es síntesis de todo progreso sobre la tierra”.

¡Muy bien!

2. *Sentido darwiniano*. — “La fraternidad cristiana, fundada en la doctrina de Cristo, es una utopía. El mundo, lejos de acercarse a ese ideal, se aleja de él más y más. No hay otra esperanza que la de un nuevo, aunque remotísimo, grado de perfeccionamiento, que la humanidad alcanzará algún día por la *selección* natural”.

¡Muy mal!

¿Qué queda de esta inextricable confusión de ideas y de aspiraciones? Tristeza y aflicción de espíritu... la esperanza tal vez de que el señor Isaacs vuelva *algún día* a la poesía y a las enseñanzas de su cristiana madre.

IX GASTOS INUTILES

Si el señor Isaacs no acierta a proponer lo que ha de hacerse, al menos censura justamente lo que no ha debido hacerse.

Francisco Eustaquio Álvarez, Pablo Arosemena, Camilo A. Echeverri, Aníbal Galindo, Ramón Gómez, Manuel Murillo Toro, Rafael Núñez; Santiago Pérez, José M. Plata, José M. Rojas Garrido Eustorgio Salgar, José M. Samper Foción Soto y Francisco Javier Zaldúa, formaron lo que se conoció como Escuela Republicana. Estos Jóvenes se ejercitaban en la oratoria y bebían inspiración en las doctrinas de los revolucionarios franceses de 1848 y en la *Historia de los girondinos* de Lamartine. Su libro preferido era la novela *El Mártir del Gólgota*, de donde les vino el apelativo de referencia]. N. del E.

* [*Idem*, págs. 297-298]. N. del E.

Oigámosle:

Y aquí es obligatorio explicar por qué motivo se ha exagerado desde 1871 hasta hoy el número de los habitantes civilizados, o no salvajes por completo, que habitan en los territorios de la Guajira y de Nevada y Motilonés. El tesoro de la Unión costea desde entonces por cada territorio, un comisario, especie de representante que con curre a la cámara nacional de diputados con voz y voto en los asuntos relacionados con el respectivo territorio. Estos comisarios reciben viáticos y dietas como representantes de la república. Hase convertido pues en un empleo lucrativo y honorífico la representación de indígenas; las cábalas y las prestidigitaciones en la farsa del sufragio popular son también de provecho y usanza en las regiones salvajes del país. Afirmo, sin riesgo alguno de que se me contradiga, que en los territorios a que me refiero jamás hubo un centenar de indígenas salvajes que supiera de qué se trataba en las tales elecciones de comisario, y sé que los aborígenes bárbaros no conocen ni de nombre a las personas que vienen a representar los intereses de esas tribus en el congreso nacional. Tuve en mi poder registros de aquellas elecciones y no sé verdaderamente decir a qué se parecen los apuntes en borrón. Compréndense así las razones que obraron en el ánimo del señor doctor José Manuel Goenaga, probo e inteligente servidor de la república, al proponer en 1882 o 1883, en su carácter de comisario del territorio de la Guajira, que tal empleo y los de su misma especie fueran suprimidos.

Mas con ser tan perjudicial de suyo ese aparato costoso, de mera forma, que les da nominalmente representación en el congreso a los aborígenes de los dos territorios, ocasiona deplorables consecuencias en perjuicio de las tribus salvajes; las indicaciones, que el gobierno nacional recibe comúnmente para hacer la designación de prefectos, significan a la vez y en último resultado designación de comisarios, porque aquéllos, en realidad de verdad, eligen o dan por elegidos a éstos, y las prefecturas son confiadas así no a individuos idóneos y amados de los indígenas, sino como les conviene a los pretendientes del empleo de comisario.

Cada uno de los comisarios tiene, *cuando no se prorrogan las sesiones del congreso*, \$606.45 por dietas y de viáticos \$ 1.308, o sea la suma total de \$1.914.45: Los dos comisarios le han importado anualmente a la nación \$3.828.90, lo menos, y desde 1872 hasta la fecha, \$45.946.80. Dinero perdido que, a invertirse en escuelas

Industriales o en obra de provecho, habría sido fructuoso para la nación y las tribus.*

Todo ese dinero realmente estuvo mal gastado, como lo estuvo igualmente el que se empleó en la expedición presidida por el *sabio* Manó y en la publicación del *Estudio* del señor Isaacs.

De esas representaciones políticas, expediciones científicas y publicaciones darwinianas ningún provecho reportan los indígenas del Magdalena.

Todo eso es edificar a gran costo sobre arena. Es preciso volver al único fundamento sólido que es Jesucristo³⁶.

X

CONCLUSIÓN

El gobierno de Colombia no ha tenido otra culpa en la publicación del *Estudio* del señor Isaacs, sino la de haber recibido su manuscrito sin examen y mandándolo imprimir, en el concepto de que el secretario de una comisión científica presentaba un escrito puramente científico, sin tendencias políticas ni irreligiosas.

Por lo que hace al señor Isaacs, a pesar de la mortificación que naturalmente debe causarle la severidad de esta crítica, si reflexiona un momento estamos ciertos que, aunque no se conformare con nuestras creencias, reconocerá los honrados motivos que han guiado nuestra pluma.

Una filosofía enervante puso en moda desde el siglo anterior el falso principio de que la tolerancia debida a las personas debía extenderse a todo género de ideas y de opiniones.

La experiencia ha patentizado lo que el sentido común bastaba a demostrar, a saber, que las ideas buenas son fe-

* [*Anales de la instrucción Pública*, tomo VIII, pág. 282, nota 42]. N. del E.

³⁶ S. PABLO a *los Corintios*, 1^a, III, 11.

cundas en frutos buenos, que las ideas malas engendra males positivos y que quien tolera la causa tolera los efectos.

Juan de Ley en el siglo XVI, interpretando libremente la Biblia, predicó la poligamia; y los mismos príncipes protestantes, que profesaban y protegían el juicio privado, tuvieron que prescindir de su teoría y reprimir el pensamiento que se realizaba en hechos antisociales. Lo propio sucede ahora mismo en los Estados Unidos; aquel gobierno, esencialmente tolerantista, reprime enérgicamente la interpretación libre que de la Biblia hacen los mormones. ¿Qué más? Renan confiesa que escribe sus obras anticristianas bendiciendo el tañido de las campanas católicas, porque ¡ay de él y ay de la sociedad el día en que las campanas dejasen de sonar y sus ideas se realizasen en hechos!

Si nosotros no abrigásemos la convicción profunda de que el error es pernicioso, si estimásemos juego inocente de palabras la divulgación de ciertas teorías, la crítica que dirigimos al *Estudio* del señor Isaacs sería sólo un injustificable ataque a su persona.

Pero si nuestras palabras llevan el sello de todo lo que es sincero y sale del fondo del alma, el señor Isaacs debe reconocer que, desde nuestro punto de vista, no hacemos como escritores católicos sino cumplir un deber, oponiendo a sus apreciaciones erróneas, a sus hipótesis audaces, a sus apreciaciones injustas un razonado y enérgico ¡No!

El señor Isaacs invoca la tolerancia de sus lectores menos susceptibles, mas no ha invocado ni invocar puede el silencio de asentimiento de los que atribuimos a las ideas la importancia que tienen para el bien como para el mal.

Por fortuna y por desgracia, según el caso, ni todos los que sostienen la buena causa están a la altura de sus doctrinas, ni los que defienden malos principios los aceptan prácticamente en sus horribles consecuencias.

¿Qué sería de la sociedad, qué del señor Isaacs mismo y su familia, si admitiese la sociedad y tradujese en instituciones las teorías darwinianas que sigue el señor Isaacs, si

El señor Isaacs pretendiese obrar como descendiente de animal?

Los salvajes, hombres degenerados, practican lo que los civilizados darwinianos profesan, y los darwinianos como el señor Isaacs, como padres de familia, como hombres de sociedad, protestan tácitamente contra sus propias doctrinas.

Mas si a los principios, sólo a los principios, se observa esta contradicción entre las ideas y la conducta de los hombres que las profesan malas y la observan buena, a la larga la doctrina aceptada echa raíces y acaba por pervertir y degradar a la sociedad; por lo cual es forzoso contribuir a matar la venenosa semilla antes de que germine y dé frutos de abominación.

Ya empezábamos a recogerlos en las generaciones viciadas por las enseñanzas materialistas de los colegios oficiales; los malos mismos empezaron a temblar de su propia obra; el gobierno ha restaurado la educación cristiana, con el aplauso de todos los que creen en Dios y el asentimiento de todos los que temen un desquiciamiento. ¿Y ahora hemos de volver a la predicación materialista? ¿Se quiere imponer a Colombia una labor no solo estéril como la de Penélope, sino sangrienta y aniquiladora?

El que hace guerra a la religión es enemigo de la patria.

El señor Isaacs debe comprender que es tan sincero el horror que nos inspiran sus conceptos darwinianos, como son sinceros los votos que hacemos porque él, para gloria suya, para honra de la patria y regocijo de los que hemos sido sus amigos, vuelva sobre sus pasos y los enderece por el camino de la verdad.

El Repertorio Colombiano. Bogotá, Tomo XII, núm. 6, septiembre de 1886 a febrero de 1887, págs. 464-491; Tomo XIII, núm. 7, marzo de 1887, págs. 5-35.